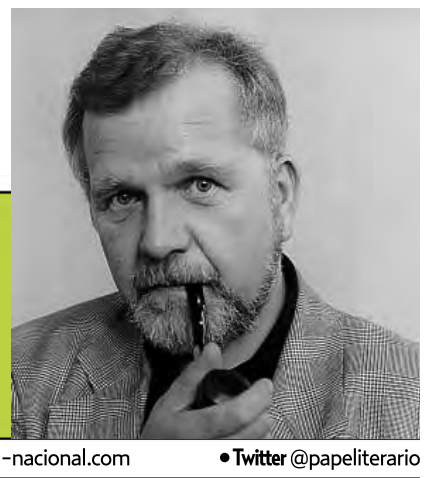
Escribe Rüdiger Safranski: La esperanza en la inmortalidad se alimenta de una determinada forma de descubrir el alma, por cuanto la experimentamos como una fuerza separada del cuerpo, aunque esté entrelazada con él y lo vivifique. Este dualismo de alma y cuerpo es más antiguo que Platón, pero fue este quien le dio su clásica exposición filosófica, presentada ejemplarmente en los últimos diálogos de Sócrates y su muerte. Ellos nos presentan escenas originarias de la fe filosófica en la inmortalidad del alma.



Papel Literario FUNDADO EN 1943 RESISTENCIA

DOMINGO 31 DE JULIO DE 2022

Dirección Nelson Rivera • **Producción PDF** Luis Mancipe León • **Diseño y diagramación** Víctor Hugo Rodríguez • **Correo electrónico** riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com • **Twitter** @papeliterario

MEMORIA >> FRANCISCO BRAVO (1934-2022)

Francisco Bravo, platonista por excelencia

"Hoy, a unos meses de su fallecimiento, en nombre de la Sociedad Venezolana de Filosofía, de sus antiguos alumnos y de sus colegas, le hacemos un merecido homenaje en estas prestigiosas páginas. Fue un valioso filósofo, un distinguido profesor y un verdadero embajador de Venezuela en lo referente al cultivo de la filosofía"

FRANCISCO BRAVO / ARCHIVO FAMILIAR

CORINA YORIS-VILLASANA

Recordar a filósofos de nuestro medio académico y dedicarles espacios literarios tan acreditados como el *Papel Literario*, en este caso el dossier que hoy nos ocupa sobre el Dr. Francisco Bravo, renueva la fe en la recuperación de nuestras universidades y el cultivo de la filosofía, disciplina que una vez más sufre en muchas partes una persecución inexplicable. Los datos biográficos que en este artículo señalo, los he tomado de distintas fuentes en las redes y de las propias publicaciones del apreciado profesor Francisco Bravo, además de varios de sus colegas más allegados y, en especial, de su hijo Samuel Bravo, a quienes les agradezco su colaboración.

Francisco Bravo nació el 20 de junio de 1934, en Sinincay, Ecuador, localidad pequeña del cantón de Cuenca y falleció en Caracas el 20 de enero de 2022. Entró muy joven en el Gran Seminario Arquidiócesis de Quito donde realizó su formación como seminarista. Obtuvo una beca para proseguir sus estudios de doctorado en la ciudad de Salamanca, España; aquí escribió y defendió su tesis doctoral *El sacerdocio común de los creyentes en la teología de Lutero,* que le valió el doctorado en Sagrada Teología y fue publicada por la Editorial ESET, Vitoria, España, en 1963. La presentación de la obra estuvo a cargo del padre Enrique del Sagrado Corazón, O. C. D., catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca. En esa presentación, el profesor destaca el gran valor del trabajo de Bravo y expresa: "El lector, ambientado en la teología y en la eclesiología actuales, podrá juzgar por sí mismo de la oportunidad del tema, de su importancia en el campo de la teología de hoy, y del valor objetivo de la obra en sí misma. Su riguroso método científico es otra de las cualidades que la avalan y garantizan. Por nuestra parte, hacemos votos para que este primer trabajo del Dr. Bravo vea su complemento en otras publicaciones, que contribuyan eficazmente, como la presente, a enriquecer el caudal de doctrina y de historia en el campo de la teología".

Regresó a Ecuador donde sigue su sacerdocio, aunque poco tiempo después, abandonó la vida sacerdotal; dejó Ecuador, se dirigió a Cuernavaca y estuvo un breve período en Panamá. En este productivo momento, previo a la obra sobre Teilhard de Chardin, publicó *The Parish of San Miguelito in Panama*, obra que contó con el respaldo y cooperación de Iván Illich, 1966; la versión al italiano fue hecha por Robi Ronza, titulada *Parrocchie nei cortili* y su edición estuvo a cargo de Jaca Book, Milán, en el año de 1968. Es un texto de historia y evaluación teológica pastoral; nos da una idea muy vivaz de la experiencia de actualización del trabajo pastoral hecho por el padre Mahon y aplicado en un suburbio de la ciudad de Panamá.

En esta línea de estudio especializado, Bravo escribió *Christ in the Thought of Teilhard de Chardin*, publicada por Notre Dame and London, University of Notre Dame Press en 1967, cuya versión en español fue hecha por Cathryn B. Larme.

Años más tarde, defendió brillantemente, en la Universidad de París, una nueva tesis doctoral, donde el punto focal de investigación fue el pensamiento de Teilhard de Chardin. Este trabajo ha sido considerado una de sus obras fundamentales: *La vision de l'histoire chez Teilhard de Chardin,* publicada originalmente en francés por Les *Éditions* du Cerf, Paris, 1970; también fue publicada ese mismo año en español por la Editorial Nova Terra, Barcelona.

Contaba el profesor Bravo sus vivencias en París durante el mayo francés, experiencia que le dio una visión especial sobre las universidades. En estos años parisinos, Bravo contrajo matrimonio con Eliane Hubard, con quien tuvo dos hijos, Inés y Samuel Bravo.

Entramos así a otra etapa de la producción de Francisco Bravo, donde se aprecia que su interés se sitúa mucho más del lado de la filosofía que de la teología y, en específico, en la filosofía griega, con énfasis en Platón y Aristóteles.

Es indispensable citar su *Teoría platónica de la definición*, 1985, 2001, donde Bravo defiende ciertas proposiciones referidas a los métodos y, parafraseándolo, se pueden condensar en lo siguiente:

1. Se hace necesario distinguir entre el método socrático y el método platónico.
2. El método socrático está concentrado en el elenco y se realiza de manera contrastante con el método sofístico; recordemos que, por elenco, en griego, se entiende una técnica retórica y filosófica de argumentación que consistía en realizar una cadena de preguntas con el propósito de buscar que el interlocutor asumiera las premisas y llegara a la misma conclusión del argumentador.
3. El método platónico se da como una superación del método socrático y comprende las siguientes etapas
   3.1 formación del método de la hipótesis, que es ciertamente un método analítico.
   3.2 la formación del método de la división, que es un método estrictamente analítico,
   3.3 integración del método científico y del método de la división.

Esta obra de Platón ha sido muy comentada y analizada en el ámbito filosófico nacional e internacional.

En 1989, sale a la luz Ética y *razón* y en 1992 se edita por segunda vez. Nos invita a leer y confrontar dos maneras de entender la ética; para ello, expone con gran maestría las posiciones de G. E. Moore y la de Aristóteles. Bravo se detiene en varios aspectos de la ética y es importante distinguir una tríada de cuestiones de mucho interés; la primera de ellas es la exposición del ámbito real de la ética, tanto en la perspectiva de Moore, como en la de Aristóteles. En segundo lugar, analiza cuál sería la finalidad de la filosofía moral y su lugar dentro de la epistemología. En tercer lugar, se detiene a hablar sobre los distintos métodos de la disciplina ética.

En el año 2001, aparece publicado *Estudios de filosofía griega*. Bravo considera que el pensamiento griego puede ser calificado como el más rico y fructífero de toda la historia de la disciplina.

En 2003, aparece *Las ambigüedades del placer. Ensayo sobre el placer en la filosofía de Platón*, publicada por la Academia Verlag en la Colección Internacional Plato Studies, en Alemania; esta obra de Bravo fue traducida al portugués por Euclides Luiz Calloni, bajo el título de *As ambiguidades do prazer*, y publicada en 2009 en Sao Paulo.

Llegó a Venezuela en 1969; la vida académica desarrollada por Bravo se concentró en la Universidad Central de Venezuela, especialmente en la maestría en Filosofía y con una dedicación muy destacada en la creación del doctorado en Filosofía. Algunos de los que fueron sus discípulos escriben hoy en este homenaje.

En la actividad desplegada en las academias internacionales, se destaca su participación en la Sociedad Internacional de Platonistas. En una nota escrita por Nicole Ooms, representante de América Latina en el Comité Ejecutivo de la Sociedad Internacional de Platonistas de 1998 a 2001, se lee lo siguiente: "La representación de América Latina en el Comité Ejecutivo de la Sociedad Internacional de Platonistas para el período 2001-2004 estará a cargo del académico venezolano Francisco Bravo, quien ha trabajado con J. L. Ackrill y Pierre Aubenque y está por concluir un libro acerca del tema del placer en la filosofía de Platón". Años más tarde, fue reelecto en este mismo cargo en el VII Simposio, celebrado en la Universidad de Würzburg (Alemania).

Fue secretario, así como también presidente, de la Sociedad Venezolana de Filosofía, donde tuvo una destacada actuación. Participó activamente en los distintos congresos de filosofía que se han realizado en el país, y con una apreciable contribución como secretario general del IV Congreso Nacional de Filosofía, celebrado en la ciudad de Mérida, Venezuela, en 1994.

Hoy, a unos meses de su fallecimiento, en nombre de la Sociedad Venezolana de Filosofía, de sus antiguos alumnos y de sus colegas, le hacemos un merecido homenaje en estas prestigiosas páginas. Fue un valioso filósofo, un distinguido profesor y un verdadero embajador de Venezuela en lo referente al cultivo de la Filosofía.

Reciba, Dr. Bravo, nuestro recuerdo e infinitas gracias por toda la labor desempeñada en estas tierras que usted adoptó como su segunda patria.

Esta edición PDF del Papel Literario se produce con el apoyo de **Banesco**

MEMORIA >> FRANCISCO BRAVO (1934-2022)

Remembranza de Francisco Bravo

"Cuando encontramos un apartado titulado 'Las oscuridades del *Fedón*', quedamos sorprendidos una vez que nos adentramos en su lectura. Cualquier expectativa de lo indescifrable, 'oscuro', en un diálogo que no deja de guardarse cierto misterio, queda totalmente disipada, porque esas oscuridades son expuestas, descubiertas, con la precisión del análisis y la firmeza de la conclusión"

MOSAICO ROMANO DE LA ACADEMIA DE PLATÓN, S.I A. C, POMPEYA / MUSEO NAZIONALE ARCHOLOGICO, NÁPOLES.

LORENA ROJAS PARMA

Pensar en el profesor Bravo es, también, pensar un poco en nosotros mismos. En nuestras propias experiencias filosóficas, pues su obra rigurosa y extensa ha influido sensiblemente en las generaciones filosóficas de las últimas décadas. Por supuesto que los estudios clásicos del mundo se han nutrido de sus reflexiones, pero Francisco Bravo era profesor de la Universidad Central de Venezuela, y fue profesor, también, de importantes universidades de nuestro país. Desde aquí, desde un país próspero y consciente del valor de la investigación, del estudio sereno y contemplativo, nuestras comunidades filosóficas conocieron su obra y de su propia voz sus reflexiones. Francisco Bravo, nacido en Cuenca, Ecuador, llegó a Venezuela en los años setenta, y pertenece a esa gran generación de filósofos cuyos estudios y publicaciones hicieron del país un lugar posible para filosofar, esto es, para pensar y crear. En diálogo con el mundo, sin ningún impedimento que no fuese el propio horizonte que se quería conquistar –y ampliar–, nuestra filosofía presidía congresos internacionales y se debatía en las grandes universidades del mundo. En tiempos en los que el acceso a las publicaciones internacionales no estaba al alcance de un *click*, ni la academia se agobiaba de la premura del producto o las mediciones, los textos de nuestros filósofos, los textos de Francisco Bravo, eran referencias ineludibles para todas las almas que se inclinaban por la reflexión filosófica.

En estos espacios tan breves, es muy difícil decir todo lo que uno buenamente quisiera decir. O tratar de dar cuenta de una obra filosófica tan extensa. Por ello, pensar un texto zanjado de episodios y recuerdos que han permanecido en nosotros, me parece oportuno pues se trata de lo que fue moldeando un poco nuestro estar filosófico en el mundo. El estudiante y el colega pueden mencionar otros matices, otros tonos vitales, que tal vez no resulten familiares al lector. Haré referencia a investigaciones que me han sido especialmente influyentes, y que no dejan de ser fuente de constante reflexión. Se trata, en realidad, de evocar con afecto respetuoso, y algo de buena memoria, a uno de nuestros filósofos más importantes.

En el año 2004, cuando recién comenzaba la vida del nuevo milenio, tuve la oportunidad de presentar en la Universidad Católica Andrés Bello, uno de sus libros más importantes: *Las ambigüedades del placer*. Por entonces, un libro igualmente nuevo y un autor emocionado. Los International Plato Studies de la Academia Verlag, tuvieron a bien publicar esas reflexiones que, como el mismo Bravo confiesa, tenían mucho tiempo gestándose en estudios anteriores. Se trata este de un texto especialmente denso, erudito, de letra fina, exhaustivo, que nos transmite esa sensación de haber examinado todo lo que era posible examinar, de no haber dejado cabos sueltos, de haber estudiado hasta la última letra sobre el placer en la obra platónica y todos sus críticos. Con la elegancia, sin embargo, de llamarlo "una primera aproximación al análisis platónico del placer considerado en su más amplio horizonte". Tal vez el rigor y el orden destaquen en especial en este libro, pues se trata de un tema tejido de muchas complejidades, diversidades, cuestionamientos, que llevan a Bravo a un título que revela el destilado de lo que ha sido muy meditado: "ambigüedades del placer". Desde la física, la fisiología, la psicología, la ontología y la epistemología explora Bravo la naturaleza del placer platónico. Organiza la discusión acaso como en ningún otro estudio sobre el tema –y esto es de un infinito valor–, y permite que Platón muestre sus fuerzas más prominentes sobre sus posiciones ante el placer. La perspectiva planteada desde la epistemología del placer ha sido, para mi propia cosecha, en especial, un texto como los que el mismo Platón llamaba "fértiles", capaces de dar vida a nuevos discursos incluso en otros caracteres.

Siempre me resultó enigmática esa posibilidad de amparar en el espíritu la complejidad de la experiencia que exige pensar el placer, y el supremo rigor intelectual que no permite que se filtre alguna opacidad en la búsqueda de su entendimiento. Lo que pueda mostrarse confuso o impreciso logra salir al cielo de la claridad gracias a la insistencia de la investigación, con el compromiso imperturbable del intelecto que va tras la dilucidación de la verdad. Cuando encontramos un apartado titulado "Las oscuridades del *Fedón*", quedamos sorprendidos una vez que nos adentramos en su lectura. Cualquier expectativa de lo indescifrable, "oscuro", en un diálogo que no deja de guardarse cierto misterio, queda totalmente disipada, porque esas oscuridades son expuestas, descubiertas, con la precisión del análisis y la firmeza de la conclusión. Si algo oscuro rondaba el texto, tras la lectura del trabajo de Bravo, alguna posible confusión no será más que por nuestra propia desatención.

Así pensamos, también, en otro importante y conocido texto de los años ochenta: *Teoría platónica de la definición*. Un replanteamiento de los diálogos que no pierde interés cuando debemos dar cuenta de uno de los problemas más gruesos de la filosofía socrático-platónica: la definición. Un estudio sobre la temible pregunta "¿qué es x?", en la que se propone una "superación" de Sócrates –una "discontinuidad de una continuidad"– y una proximidad hacia Aristóteles. En esta suerte de tránsito de Sócrates a Aristóteles –que no suele ser una tarea fácil–, Bravo nos invita a revisitar a Platón, especialmente, pienso, cuando tenemos bien asentadas las propias convicciones. Cuando la definición nos increpa en nuestro cavilar. Sin concesiones literarias o poéticas, sin rodeos, con la precisión apolínea que lo caracteriza, los resultados de su investigación se sostienen con la fuerza concluyente de lo bien fundamentado.

Recuerdo una ocasión en la que pregunté al profesor Bravo por qué omitía de su análisis del *Banquete* platónico, del saber sobre el amor, la intervención final del diálogo. Esa conocida aparición muy apasionada y caótica de Alcibíades, de embriaguez celosa y atrevida, que, en muchos sentidos, expresaba la opacidad del amante. Y recuerdo también su respuesta, por supuesto, que apuntaba a cómo lo opaco y lo desordenado no respetaban el rigor y la búsqueda del saber de la filosofía. El hallazgo de la verdad guardaba su altura espiritual frente a los devenires de un alma recelosa y poco comprometida con Sócrates y, así, con la filosofía. Esos torbellinos dionisíacos no tenían nada qué decirnos del brillo de "la belleza en sí". Es seguro que su respuesta era acertada. Pues quienes nos inclinamos hacia otro modo de hacer las cosas, a pensar esas opacidades amorosas, buscando más el sentido que la claridad, hallamos un impulso desde ese fundamento de análisis y precisión hacia una nueva mirada, hacia otros caminos posibles para comprender. Para ser nómada hay que conocer los parajes estables.

> **"En estos espacios tan breves, es muy difícil decir todo lo que uno buenamente quisiera decir"**

Y lo que quiero destacar con esta breve anécdota, muy especialmente, es la apertura espiritual del profesor Bravo para recibir otros aires, para escuchar otras voces, para atender lo que se planteaba de otra manera, aunque su lectura y su análisis hayan sido distintos. Ha sido la grata experiencia de quien escribe. Esa disposición interior que permite tomar distancia de uno mismo, tal vez sea uno de los más preciados bienes del alma filosófica. El rigor y la serenidad intelectual de Bravo, su temperamento académico, me recuerdan sus disertaciones sobre Parménides en la Universidad de Los Andes, en Mérida. Pues en medio de la fiereza racional del filósofo eleático, se notaba cómo Bravo se conmovía ante el poema, con esa conmoción elegante del asombro que no cesa con el paso de los años, y que es propia de los profundos talantes filosóficos.

Los tiempos que corren nos permiten encontrar en la web buena parte de la obra del profesor Bravo. Solo he mencionado las que me han resultado particularmente próximas, y, con ello, una época en la que sus estudios se concentraron en los griegos. Sus reconocidas investigaciones sobre Aristóteles, por su parte, de lectura obligada, por decir lo menos, expresan el espíritu de búsqueda que no se agota en la "especialización", o en la solidez de lo hallado y que ya no quiere alterarse. Pensar a Aristóteles por sí mismo, pensarlo junto a los modernos y los contemporáneos, ha puesto en tensión ciertos argumentos y ha mostrado otras perspectivas para la investigación. De sus tiempos de Teilhard de Chardin o su denso trabajo como traductor de obras fundamentales, recibimos los testimonios bibliográficos y su importante influencia en estudios recientes.

Por ahora, tal vez solo podamos referirnos a ciertos estadios de la vida, siempre valiosos y reveladores, pues su condición cambiante nos invita a pensar desde la experiencia. En especial cuando nosotros también hemos recorrido algún tramo de ese acontecer. Esto me permite recordar, también, con agrado y algo de nostalgia, por qué no decirlo, los coloquios nacionales e internacionales a los que nos convocaba con frecuencia el profesor Bravo, en los que compartimos importantes diálogos que luego se tradujeron en publicaciones; donde forjamos vínculos importantes con la Sociedad Platónica Internacional, en los que voces maduras de la filosofía y también voces más jóvenes encontraban su espacio. Asimismo, es preciso mencionar su entusiasmo por mantener los trabajos y sus discusiones en el seno del Centro de Estudios Clásicos, cuyo lugar más frecuente de reunión solía ser la Escuela de Filosofía de la UCV.

Los trabajos filosóficos de Francisco Bravo llevan consigo esa inmortalidad predilecta de la que hablaba Diotima de Mantinea, la sacerdotisa platónica del *Banquete*, cuando se refería a la inmortalidad que otorgan los hijos que se "procrean según el alma". Se trata de lo escrito, lo pensado, lo procreado en la belleza, lo que trasciende nuestro paso por el mundo y lo que se irá incorporando, cada vez, a nuevos pensadores y otros horizontes. A inicios de este año recibimos la penosa noticia de su fallecimiento, aquí en Caracas. Y con una guerra que inició al poco tiempo, nuestro mundo tomó un tono de honda tristeza. Sin embargo, nada nos impide imaginar, con Sócrates, que en los predios desconocidos de la muerte el alma pueda seguir filosofando, dialogando, buscando, en un Hades que resguarda las almas de filósofos y poetas.

Quisiera terminar este breve texto, con un episodio que atesoro y que recuerdo con cierta frecuencia. En una ocasión, hace ya unos cuantos años, compartiendo un café, el profesor Bravo me dijo que si no hubiese sido filósofo habría sido jardinero. Pues era un oficio que igualmente le habría permitido pensar. Sonreí con admiración a su comentario. Seguramente lo compartió con otras personas, en otros momentos, pero para mí, desde entonces, la nobleza del jardinero, su labor callada y embellecedora, guarda profundos secretos filosóficos. En el hacer del silencio y la belleza, el alma dialoga consigo misma.

Nos queda ser muy agradecidos por las investigaciones de Francisco Bravo, por los horizontes que nos deja abiertos, para que sigamos pensando nuestro mundo que, al menos desde la sensibilidad de algunos, está siempre en diálogo con los clásicos.

MEMORIA >> FRANCISCO BRAVO (1934-2022)

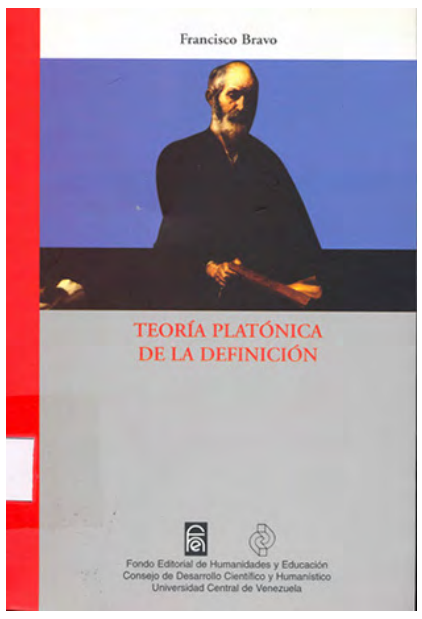
La necesidad de definir para empezar a filosofar

"El aporte fundamental de este libro es demostrar cómo la cuestión de la definición no es un problema exclusivamente socrático, sino que Platón lo atiende a lo largo de toda su obra y bajo diferentes enfoques"

JOSÉ LUIS VENTURA

Se dice con frecuencia que en un ambiente informal es fácil saber quién asume la postura del filósofo. La persona con actitud filosófica se pregunta por el sentido en el que se usa tal o cual término. La indagación acerca del significado con el que se emplean los términos es fundamental para poder comunicarnos e intentar hablar de lo mismo. Con ello nos ahorramos gran parte de las confusiones en las exploraciones dialogadas. En realidad, el análisis conceptual es una parte fundamental del quehacer filosófico. Sobre esta cuestión esencial Francisco Bravo dedicó un libro titulado: *Teoría platónica de la definición*, publicada en 1985 y reeditada en el 2002 por la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV. Se trata de un trabajo producto de una estancia académica en Oxford y que desarrolló en paralelo con la traducción que realizó del texto de J. L. Ackrill sobre Aristóteles.

El aporte fundamental de este libro es demostrar cómo la cuestión de la definición no es un problema exclusivamente socrático, sino que Platón lo atiende a lo largo de toda su obra y bajo diferentes enfoques. En otras palabras, la preocupación por la definición supondría diferentes estrategias metodológicas conforme al tipo de problema tratado. De ahí que Bravo piense y exponga una Teoría de la definición en la obra del ateniese. Se trata de un proceso evolutivo que abarca, desde las cuestiones inicialmente socráticas, con lo relativo al *elenchos* o refutación y la *epagogé* o formulación de un juicio general, hasta llegar a diferentes planteos propiamente platónicos, que van de la *síntesis* y la *diaresis* o reunión y división, hasta llegar al método del paradigma. Esta obra de Bravo examina a fondo y de manera rigurosa estas



cuestiones. Solo quisiera recordad que definir no es simplemente encerrar en palabras el significado de un término, definir supone examinar premisas y someterlas a examen.

Quienes hemos sido alumnos de Bravo y continuamos con la enseñanza de la filosofía antigua, seguimos apoyándonos en sus textos y tratando la cuestión de la definición en Platón. A modo de ejemplo y como homenaje al maestro podríamos rememorar la importancia de un diálogo platónico como el *Menón*. En este diálogo se examina el concepto de *areté* o virtud. En principio se establece la prioridad metodológica de la pregunta filosófica acerca de la naturaleza de la virtud, es decir, qué es la virtud, sobre la pregunta sofística acerca de cómo se adquiere. La primera se refiere a *ti esti* o qué es X. Una vez establecida dicha prioridad del *qué* sobre el *cómo*, se pasa a examinar dos hipótesis centrales acerca de la naturaleza de la *areté*. La primera de ellas supone identificar *areté* con *episteme* o conocimiento. Para ello elabora el siguiente razonamiento: 1) Si *areté* es episteme, entonces ha de ser enseñable. 2) Y si la virtud es enseñable, entonces ha de haber maestros y discípulos de virtud. Una vez establecidas estas premisas se pasa al examen de si hay o no maestros y discípulos de virtud. Por medio de una revisión observacional se verifica que no hay discípulos de virtud, así como tampoco maestros de ellas. Ante esta negación y por razonamiento causal, se pasa a negar la hipótesis inicial según la cual *areté* es *episteme*. El uso intuitivo de la regla lógica del *Modus tollendo tollens* es fundamental. Así, definir es también refutar (*elenchos*) como lo ha dicho Sócrates. Poniéndonos en el camino de saber que no es X y obligándonos a seguir indagando.

La investigación filosófica del análisis conceptual del *Menón*, continúa con la hipótesis que identifica *areté* con *alethes doxa* u opinión verdadera. No la examinaré aquí, baste con afirmar que se procede de la misma manera, se buscan contraejemplos centrados en la observación empírica para refutar esta hipótesis. En cualquier caso, el análisis conceptual o definicional realizado por Platón parte de intuiciones, supone un proceso lógico de revisión de las premisas y se complementa con un estadio observacional. En otras palabras, el análisis conceptual no se da separado de la observación. Más aún, no se queda con la intuición sin más, la someta al rigor argumentativo. De hecho, eso es lo que hizo E. Gettier, con su famoso artículo: "¿Es conocimiento la creencia verdadera justificada?" Demostrando la inconsistencia de una idea como la de *opinión verdadera* desarrollada por Platón. Sea como fuere, como afirman Knobe and Nichols en su texto sobre la *Filosofía experimental*, en este diálogo no se procede preguntando ¿cuál es tu concepción de conocimiento? o ¿qué es lo que entienden los atenienses por conocimiento? Platón supone una naturaleza general y única a cada concepto y esa es la que examina y somete a revisión lógica.

Más allá de la trampa socrática de la refutación, las definiciones de *forma* y *color* elaboradas en el *Menón* nos muestran que sí es posible definir y que estas son definiciones paradigmáticas. Pero si eso es así desde la perspectiva del análisis conceptual es importante entender que en la filosofía platónica encontramos una multiplicidad de métodos de investigación, como bien ha señalado magistralmente Bravo. En cualquier caso, los diferentes métodos platónicos nos sirven para preguntarnos si el análisis conceptual es un método o se trata de varios métodos. Con Bravo sabemos que son muchos los métodos de definición y que este es solo un modo de hacer filosofía. Es necesario seguir indagando.

A propósito de un curso de Platón Autor

"Ese curso de Platón Autor, en lo que a mí respecta, no solo fue una formidable iniciación en el estudio de la filosofía del divino Platón, también brindó una interesante perspectiva de cómo desarrollar la investigación y escritura en el terreno de la filosofía académica"

JUAN JOSÉ ROSALES SÁNCHEZ

En mis tiempos de estudiante, en la querida Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela, me correspondió inscribir la asignatura de formación obligatoria Platón Autor, recuerdo que al buscar información sobre el curso en el libro con la programación del semestre reparé en el nombre del profesor de la asignatura: Francisco Bravo. En el ir y venir por los pasillos de la Facultad de Humanidades y Educación, debido a los trámites administrativos que exigía la inscripción, hablé con algunos estudiantes que habían cursado la materia con el profesor, todos coincidían en el respeto por el profesor y destacaban su seriedad y rigor académicos.

En la primera sesión de clases, el aula estaba a reventar. Quizá la mitad del curso la formábamos estudiantes recién salidos del ciclo básico. Unos cinco minutos antes de la hora se presentó el profesor, miró al pizarrón, que estaba libre de escritura, y subió al estrado en el que se encontraba su escritorio. En un primer momento, el profesor Bravo no dirigió la mirada a su auditorio y en cambio se dispuso a colocar sobre el escritorio su maletín, de este sacó progresivamente varios libros y finalmente una cartuchera. Con meticulosidad ordenó todo sobre el escritorio, miró su reloj y se sentó. Luego realizó con su mirada una especie de barrido sobre todo el salón y comenzó la clase.

En ese primer encuentro se refirió a las actividades de evaluación y a las fechas en que se llevarían a cabo, recomendó la adquisición y uso de las *Obras de Platón,* en especial ediciones bilingües, griego-inglés, griego-español, recuerdo que alabó las ediciones del Instituto de Estudios Políticos de Madrid, pero creo que la mayoría de los estudiantes del curso ya tenía en su poder la edición de EBUCV que dirigió en gran J.D. García-Bacca. Sugirió también la lectura de su libro *Introducción a la filosofía de Platón* y otros textos. Al terminar con los aspectos administrativos del curso y otras cuestiones preliminares inició su disertación sobre la figura de Platón.

Desde esa primera clase el profesor Bravo dejó bien sentado que el curso de Platón Autor se centraría en el planteamiento de problemas filosóficos y en su tratamiento a partir de la lectura rigurosa y sistemática de los textos platónicos. La experiencia académica que me brindó ese semestre de la carrera de Filosofía, gracias a la docta labor del profesor Francisco Bravo, marcó positivamente mi aprendizaje en cuanto a cómo leer y analizar un texto filosófico. En la medida en que avanzaba el curso y se abordaban los problemas que planteaban las lecturas de los diálogos de Platón podía darme cuenta de los procedimientos analíticos que nuestro profesor empleaba. Ese curso de Platón Autor, en lo que a mí respecta, no solo fue una formidable iniciación en el estudio de la filosofía del divino Platón, también brindó una interesante perspectiva de cómo desarrollar la investigación y escritura en el terreno de la filosofía académica.

He señalado antes que en sus inicios el curso contaba con la asistencia de muchos estudiantes, en ningún momento se apreciaban pupitres vacíos. Cuando llegó el día del primer examen parcial la asistencia total, puntual y habitual de los alumnos del curso quedó confirmada. Antes de la llegada del profesor al aula de clases ya todos estábamos en nuestros puestos, con hoja de examen y lápiz a disposición. Una vez en el aula, el profesor hizo lo de siempre, se dirigió a su escritorio, colocó en orden todas sus cosas, paseó su mirada por todo el salón y planteó la primera pregunta del examen: "A la luz de la teoría platónica del conocimiento, responda la siguiente pregunta: ¿puede usted conocer su lápiz?". Y, después, la segunda pregunta, que ya no recuerdo. Esa primera pregunta nos dejó perplejos a todos y suscitó una pregunta respecto de ella: ¿cuál lápiz? "El que tiene en este momento en su mano", contestó el profesor. Aunque el examen solo contenía sendas preguntas, con ellas, el profesor ponía a prueba nuestras capacidades analíticas, interpretativas y de síntesis. Fue un examen no apto para quienes solo cultivaban la memoria y apostaban por la repetición mecánica. Con el paso de los años me he convencido de que el diseño de ese primer examen parcial respondía con exactitud a los seguramente bien planificados objetivos que el profesor se había propuesto al idear y desplegar su paciente y ordenada labor de enseñanza de la filosofía platónica.

Después de ese primer examen parcial, y de la publicación de sus resultados, la asistencia de estudiantes disminuyó dramáticamente. No obstante, el profesor prosiguió con su riguroso método de enseñanza. En el segundo examen parcial tampoco hubo concesión alguna, planteó dos espléndidas y exigentes preguntas que requerían emplearse a fondo. A esas alturas del curso, la suerte de todos estaba prácticamente echada. Solo un pequeño porcentaje de cursantes presentamos el examen final de la asignatura y aprobamos.

Durante aquel curso, el profesor Francisco Bravo se mostró pródigo en extremo en cuanto a su magisterio y se propuso dirigir nuestro aprendizaje por los caminos filosóficos que conocía y consideraba más adecuados, pero también exigió resultados. Ahora que ya no está físicamente con nosotros, y con ocasión de este merecido homenaje, he querido escribir estas modestas líneas para recordar su figura y para agradecer su benéfica influencia en mi formación filosófica.

FRANCISCO BRAVO / ARCHIVO FAMILIAR

MEMORIA >> FRANCISCO BRAVO (1934-2022)

Francisco Bravo y su viaje a través de las ambigüedades del placer en la filosofía de Platón

"Tuve el honor de conocer al profesor Bravo hace unos 14 años, cuando culminaba mi licenciatura en la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela, y me iniciaba allí como profesora. Fue en ese momento cuando lo tuve ante mí por primera vez en persona, aunque ya llevaba tiempo conociéndolo a través de sus textos sobre filosofía platónica, en los cuales me apoyé como estudiante, y sus textos sobre teoría platónica del placer, los cuales comencé a explorar precisamente para mi tesis de licenciatura"

GABRIELA SILVA Y FRANCISCO BRAVO / ARCHIVO FAMILIAR

GABRIELA SILVA C.*

"Aspiro a que este primer estudio de conjunto de uno de los problemas más recurrentes y fecundos en la filosofía de Platón, siga contribuyendo a avivar la atención de estudiantes y especialistas al inagotable y siempre inspirador pensamiento de los primeros filósofos". Estas son las palabras con las que, el profesor Francisco Bravo corona la presentación, en sus primeras páginas, de su libro *Las ambigüedades del placer. Ensayo sobre el placer en la filosofía de Platón*. Pienso que las aspiraciones manifestadas allí por el profesor, se habían cumplido desde hace tiempo, tiempo en el que él estaba aún físicamente entre nosotros (porque estoy segura de que su alma nos sigue acompañando desde alguna morada elevada y luminosa), puesto que sus estudios eran ya piedra angular en las disertaciones de quienes, en comparación con él, comenzaban a enamorarse de la filosofía platónica, y, más aún, de la faceta del filósofo ateniense como filósofo del placer. Me incluyo entre estos enamorados.

Tuve el honor de conocer al profesor Bravo hace unos 14 años, cuando culminaba mi licenciatura en la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela, y me iniciaba allí como profesora. Fue en ese momento cuando lo tuve ante mí por primera vez en persona, aunque ya llevaba tiempo conociéndolo a través de sus textos sobre filosofía platónica, en los cuales me apoyé como estudiante, y sus textos sobre teoría platónica del placer, los cuales comencé a explorar precisamente para mi tesis de licenciatura, de la mano del profesor José Luis Ventura, que, de hecho, fue quien nos presentó. Este primer encuentro en persona se dio en ocasión de una reunión, en los espacios de la UCV, de la incipiente Sociedad Venezolana de Estudios Clásicos (SOVECLA), y recuerdo, como si fuera ayer, al profesor Ventura acercándose al profesor Bravo y diciéndole: "Ella es de quien le hablé, que lo cita en su tesis sobre el *Filebo*", a lo que él respondió, mirándome con ojos sorprendidos, "El *Filebo* es un diálogo muy difícil". Recuerdo, así mismo, haberme sentido pequeñita en su presencia, impresionada por la miríada de conocimientos y experiencias que se asomaba en sus palabras, y, para ser honesta, aún hoy me siento pequeñita ante su recuerdo, ahora que ha emprendido su viaje hacia la eternidad.

Al mismo tiempo, reconozco, con gran calidez en mi corazón, que las diferencias en conocimientos y experiencias que lo separaban de mí, una joven profesora que apenas iniciaba su bitácora, no fueron impedimento para que el profesor Bravo me hiciera sentir muy cercana, y me ofreciera una confianza y un apoyo que nunca habría imaginado. Así, considero que mi afecto e interés por la filosofía de Platón, que inició en las aulas de la UCV durante mis tiempos de estudiante, se avivó y se selló definitivamente, ya orientada hacia la rama de la teoría platónica del placer, cuando escribí mi tesis de licenciatura, y, posteriormente, la de maestría, bajo la dirección del profesor Ventura, y bajo la gran influencia del profesor Bravo, que, en esa última, fue todavía más fuerte, ya no solo a través de su palabra escrita, sino por su acompañamiento. Indudablemente, las conversaciones que en aquel entonces mantuvimos, sus explicaciones iluminadoras y su guía, fueron y siguen siendo un factor determinante en mi decisión de seguir ese camino de reflexión.

La confianza que me ofreció el profesor Bravo cristalizó, entre otras cosas, en su petición para que le acompañara a hacer la presentación, en el marco de la Feria Internacional del Libro de Venezuela (FILVEN) de 2016, de su magnífico libro *Las ambigüedades del Placer. Ensayo sobre el placer en la Filosofía de Platón*, al cual me referí al comienzo de este escrito, libro que había sido editado por primera vez por la Academia Verlag en el año 2003, y estaba, ahora, por ser editado en nuestro país por Monte Avila, como parte de la colección Pensamiento Filosófico. Luego, una vez más, con esa nueva edición ya impresa y a la venta, le acompañé en la FILVEN de 2017. En esa oportunidad, estuve a su lado haciendo una reseña del texto, que ya para ese entonces ocupaba un lugar muy especial en mi biblioteca, dado que había sido una referencia fundamental en mi tesis de maestría. Algo nerviosa, presenté mi reseña ante la audiencia y ante el profesor, temiendo no hacerle justicia, pero, al terminar el acto, y después de que estampara su firma en los ejemplares de algunos asistentes, se me acercó y me expresó un sentido agradecimiento que nunca olvidaré. "No pudo haber sido mejor", me dijo.

Si bien para el momento de la edición de *Ambigüedades* en nuestro país, el profesor ya había publicado numerosos artículos sobre psicología platónica del placer en la revista de la Escuela de Filosofía de la UCV, *Apuntes Filosóficos*, es, ciertamente, en dicha obra, fruto de su investigación cuando aún estaba activo en las aulas de la mencionada escuela y presidía la Sociedad Platónica Internacional, donde condensa maravillosamente sus más acuciosas reflexiones sobre esta faceta tan interesante y apasionante del filósofo ateniense. Embarcarse en su lectura supone hacer un verdadero viaje, conducido bella y rigurosamente por la palabra precisa del profesor Bravo, un viaje que busca mostrarnos la evolución de la doctrina del placer a través de varios diálogos de Platón, así como las diferentes perspectivas desde las cuales dicha doctrina puede ser considerada.

El texto comienza con una revisión historiográfica, que permite contextualizar la discusión sobre el placer en la cultura griega, para luego dar paso, en un segundo movimiento, a un análisis de la naturaleza del placer en Platón desde diferentes ópticas: física, fisiológica, psicológica, ontológica y espistemológica. En la tercera parte, Bravo se dedica a hacer una exploración de varios escritos platónicos mientras hace una transición a consideraciones de carácter ético. Así, encontramos un desarrollo que nos lleva, desde *Fedón*, *Protágoras* y *Gorgias* hasta *República*, *Filebo* y *Leyes*, en un intento de responder a la pregunta sobre el lugar y valoración del placer en la vida humana, y, también, el tratamiento de la cuestión de si Platón puede o no ser calificado como un filósofo hedonista.

Resaltan los análisis correspondientes al *Filebo*, que, como él mismo Bravo me expresó cuando nos conocimos, es un diálogo muy difícil; no obstante, tan difícil, como exhaustivo, exuberante y hermoso. Este dialogo requiere particular atención, pues, es en sus pasajes, donde encontramos la teoría platónica del placer alcanzando su punto culminante, cosa que el profesor nunca perdió de vista, y es la razón por la cual dedica gran parte de su libro a estudiar la tesis del placer-repleción allí desarrollada junto a sus implicaciones, a saber, la clasificación de los diferentes tipos de placer, la tensión entre placer y dolor, la distinción entre placeres falsos y verdaderos, y la conexión entre estos últimos y la plenitud y virtud humanas. A partir de su extensa investigación, Bravo concluye que Platón no es un filósofo propiamente antihedonista, pues su actitud de rechazo hacia el placer está dirigida específicamente a aquellos placeres que son desenfrenados y no contribuyen en nada a la construcción de una vida temperante y examinada; del resto, encuentra, en el filósofo ateniense, a un defensor de un *hedonismo ético eudemonista*, lo cual significa que reconoce el aporte representado por cierto tipo de placeres, estos son, los consagrados al conocimiento, la belleza y la virtud, a la realización plena de una vida examinada y feliz.

> **"Más que un libro, es, para mí, la reminiscencia de tiempos de frecuentes conversaciones"**

Merece la pena notar que, al comienzo del libro, en su presentación, el Profesor Bravo lo ofrece a sus estudiantes y colegas de la Universidad Central de Venezuela, donde, señala, comenzó a concebirlo. Esto habla del lugar que la Escuela de Filosofía ocupaba en su corazón y su pensamiento, cosa que era también manifiesta en las oportunidades que el profesor, ya jubilado, regresó a ella, con la mejor disposición, para ofrecer variadas ponencias en ocasión de congresos o de la Semana de la Filosofía. Así, *Ambigüedades* toma la forma de un regalo, uno dirigido a todos los enamorados de la filosofía, de Platón, y de la teoría platonica del placer.

Y se trata de un regalo que me toca muy personalmente, pues el libro, y lo que él representa, forman parte de mis mejores recuerdos junto al profesor. Más que un libro, es, para mí, la reminiscencia de tiempos de frecuentes conversaciones, de preguntas y respuestas, de explicaciones totalmente iluminadoras, de mil anécdotas y hasta de historias que nos invitaron a reír. Fue justo en medio de esas frecuentes conversaciones, que el Profesor aceptó ser, para mi absoluta alegría, tutor de mi tesis doctoral, aún cuando ya se había retirado de la actividad docente y de tutoría, planteándonos continuar trabajando en la misma línea de investigación que nos reunió. Ahora, en su ausencia física, y con ese proyecto lamentablemente inconcluso, me siento, no obstante, más atraída y motivada por la lucidez y la claridad del profesor, y de las que *Las ambigüedades del placer* es una muestra patente, a continuar con aquello que proyectamos, y a seguir paseando mi pensamiento por los linderos de esta fecunda rama de la filosofía de Platón.

Conservo mi ejemplar del libro, con una entrañable dedicatoria del Profesor Bravo plasmada en su primera página (firmada, por cierto, aquel día feliz en la FILVEN de 2017), como uno de mis tesoros más preciados, y, así mismo, atesoro el recuerdo de su mente brillante y su guía en mi memoria, con el cariño y la admiración que guardan los discípulos a sus maestros. Y ciertamente fue Francisco Bravo un maestro para muchos, y lo seguirá siendo, por cuanto su legado filosófico será cuidado y transmitido a nuevas generaciones por aquellos que tuvimos el honor y el placer de conocerle, y que deseamos que su alma alada esté ahora, y para siempre, deleitándose en la luz y la belleza de algún lugar más allá del cielo.

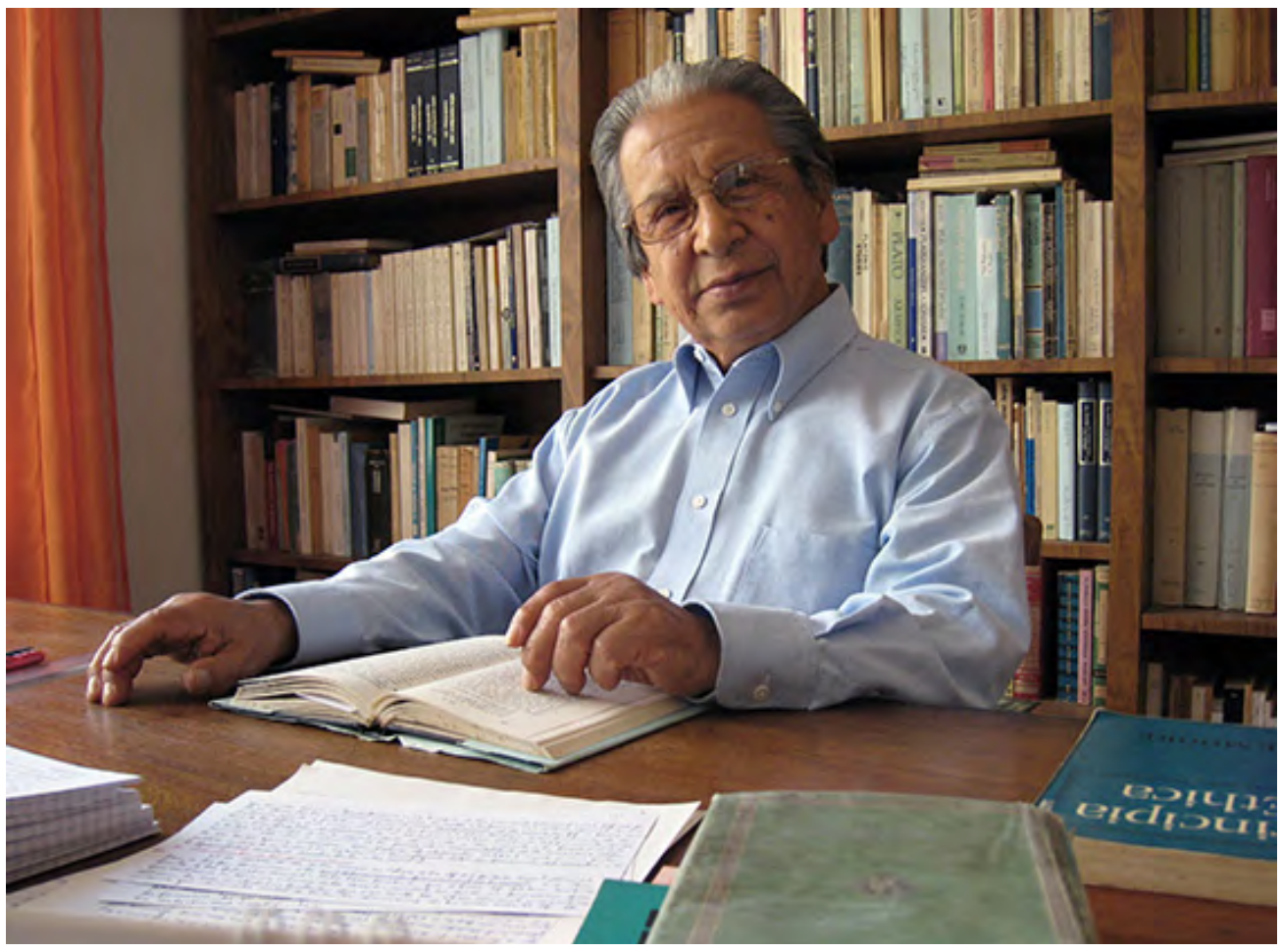
*Profesora Escuela de Filosofía-UCV.

MEMORIA >> FRANCISCO BRAVO (1934-2022)

Francisco Bravo, inagotable

"Hacía un uso riguroso de fichas convertidas en naipes de erudición; escribía en el pizarrón el lenguaje original de los *Diálogos* y nos sumergía en el mundo de las ideas, en sentido estricto, con sus rigurosas exposiciones que iban del *Menón* a la *República*"

OMAR ASTORGA



FRANCISCO BRAVO / ARCHIVO FAMILIAR

Nunca olvidaré mis primeras clases en la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela. Corrían los años setenta. Ya éramos lectores de Nietzsche, Rimbaud y Marx, viviendo la política de cerca, llenos también de cierta religiosidad, autodidactas en una ciudad que se sentía cosmopolita.

Apenas entro al salón de clase encuentro a alguien como venido de otro mundo, lleno de sabiduría, sistemático estudioso de Lutero y Teilhard de Chardin, encargado de enseñarnos Platón. Así fue ese día y todos los días que pude escuchar y leer a Francisco Bravo. Hacía un uso riguroso de fichas convertidas en naipes de erudición; escribía en el pizarrón el lenguaje original de los *Diálogos* y nos sumergía en el mundo de las ideas, en sentido estricto, con sus rigurosas exposiciones que iban del *Menón* a la *República*.

La Escuela de Filosofía era un privilegiado camino para llegar a los clásicos. En el salón contiguo, al día siguiente, André Katrysse dictaba Lengua y Cultura Griega y luego esperábamos que llegara Ángel Cappelletti, profesor de Aristóteles, siempre denso y preocupado por contrastar las ediciones en español con la versión original del estagirita.

Empecé a salir de la formación autodidacta y sobre todo a entrar en un mundo nuevo guiado por maestros dedicados al pensamiento filosófico antiguo. Ya Juan David García Bacca había iniciado ese camino. Y lo había continuado Juan Nuño con sus textos sobre Platón, especialmente a través de su valiosa contribución al estudio del *Parménides*. Francisco Bravo haría lo propio y quizás en aquellos años no nos imaginábamos que Platón se iba a convertir en uno de los ejes principales de su trayectoria filosófica. Escribió una valiosa introducción al pensamiento de Platón que luego dio paso a un momento cumbre de sus investigaciones con su *Teoría platónica de la definición*. Corrían los años 80 y Bravo continuaba enseñando y publicando en torno a la filosofía griega, desde los presocráticos hasta Aristóteles. Llegados a final de siglo, después de haber avanzado tanto, era indetenible en su dominio del pensamiento filosófico griego.

Teníamos pues a nuestro lado, en los salones y en los pasillos de la Escuela a un descollante maestro, orgullo de la Universidad, profesor invitado por centros académicos de diversas latitudes. No nos sorprendimos cuando fue nombrado miembro de la Sociedad Platónica Internacional.

Pensador analítico, cultivado en los mejores ambientes académicos de Europa, especialmente de Francia e Inglaterra, supo hacer del pensamiento clásico una base esencial para la comprensión del pensamiento filosófico contemporáneo. Sus estudios sobre Aristóteles y Moore en *Ética y razón*, su valiosa exploración sobre las ambigüedades del placer en la obra de Platón, son apenas una muestra de su dedicación infatigable a la filosofía que siempre pudimos disfrutar, junto a aquellos que pudieron leerlo en otros idiomas a los cuales fue traducida parte de su obra. En varios momentos tuve la oportunidad de conversar con él y escucharle decir, por ejemplo, que el tiempo que le dedicaba a la traducción diaria de textos griegos se juntaba con su disciplinada actividad física. Me contaba que esa disciplina la hizo valer, por ejemplo, durante una larga estancia que tuvo en la Universidad de Oxford.

Nunca olvidaré su vocación por el mundo editorial demostrada en Monte Ávila, o en su rigurosa y reconocida traducción del clásico libro de Martialt Gueroult dedicado a *Descartes según el orden de las razones*, o del libro de J. L. Ackrill sobre *La filosofía de Aristóteles*, o su iniciativa de publicar un texto colectivo de *Ensayos para una historia de la filosofía*. Tuve la oportunidad de acompañarlo en la preparación del primer tomo de ese libro que parte de los presocráticos y llega a Leibniz. Valga recordar que las revistas *Episteme*, *Apuntes Filosóficos*, *LOGOI*, *Archai*, *Hypnos,* entre otras, tuvieron el privilegio de contar con sus valiosas contribuciones.

Bravo fue sistemático no solo como docente, escritor y editor. También fue un incansable coordinador de actividades destinadas a la difusión de la filosofía. Bastaría recordar su conducción del Centro de Estudios Clásicos de la Universidad Central de Venezuela, su liderazgo como coordinador del doctorado de Filosofía y presidente de la Sociedad Venezolana de Filosofía, su capacidad organizativa demostrada en el III Congreso Nacional de Filosofía donde, gracias a él, tuvimos el honor de contar con la presencia en Venezuela de Javier Muguerza y Pierre Aubenque, o su iniciativa de celebrar en la Universidad de Los Andes, con el auspicio de la embajada de Francia, los 400 años del nacimiento de Descartes. Recuerdo con mucha gratitud el momento en que me llamó a participar en esa especial ocasión donde tuvimos la oportunidad de compartir una mesa de trabajo con Dinu Garber, distinguido profesor cartesiano de la Universidad Simón Bolívar.

Sería largo exponer en detalle la envergadura de las contribuciones de nuestro maestro de Platón. Pensar la Escuela de Filosofía en la segunda mitad del siglo XX, supone tener en mente a un nutrido grupo de intelectuales, venezolanos y venidos de diversas latitudes, que se juntaron y lograron una época de oro para la filosofía en Venezuela, en América Latina y el mundo. Francisco Bravo fue un destacado protagonista de esa historia.

Zanahorias frescas

"Indiscutiblemente el profesor sabía cuál era su negocio y por eso también es recordado en la facultad como el que solía referirse a cómo iba abultando su portafolio y como un profesor que seguía preocupado, aún después de jubilarse, por mantenerse vinculado a las sociedades académicas internacionales, interesado en fortalecer relaciones interinstitucionales nacionales y ocupado en la fundación en Venezuela del Centro de Estudios Clásicos (CECLA)"

NOWYS NAVAS

En los años noventa a los estudiantes novatos la leyenda del carácter de Bravo nos alcanzaba antes de que llegáramos al aula 217. De Heymann y de él decían que seguían imperturbables dictando cátedra incluso cuando se iba la luz en la facultad, y la fama de ambos se quedaba corta cuando vivíamos la experiencia de la *lectio* de tres horas completas, orquestada sin alteraciones rítmicas, al estudiar Platón Autor con "Platoncito". Su curso era higiénico de comienzo a fin. El manual de dictado de clases podía seguirse como a la palabra sagrada leyendo su libro de *Introducción a la filosofía de Platón*. No sé si sea cierto, pero sobre esta obra en aquella época había un cuento de pasillo muy famoso. Decían de Bravo que una vez había extraviado un cuadernillo de anotaciones importantísimo para el profesor porque contenía borradores manuscritos de trabajos en preparación. Contaban que, conmocionado al extremo por el incidente, resolvió que la mejor manera de recuperarlo era divulgarlo públicamente, y así sucedió que el artículo perdido fue anunciado por los narradores de un partido de beisbol a través de los parlantes del estadio universitario y el valioso cuaderno regresó a las manos del oficiante. El tono humorístico siempre teñía las referencias que teníamos del nuestro profesor, pero todas estaban mediadas por el reconocimiento simbólico de su autoridad en Platón.

De Bravo se decía que vivía recluido y que solo pensaba en cómo debería ser la realidad para que la realidad pudiera contenerse en el logos proposicional platónico. Hay profesores que encarnan al sofista o al sabio renacentista, pero el estudioso de las ideas parecía llevar el traje cortado a la medida de la lengua y el ojo de la esclava tracia. El episodio de su descuido durante los días del Caracazo pudiera quedar registrado como emblema del hechizo de la vida contemplativa, y con la solemnidad en el trato que le caracterizaba. Una vez le escuché admitir, que en esos días empezaba a trabajar arduamente en su nueva línea de exploración; la filosofía del placer en Platón. Lo que se decía era que el profesor había tomado su bolso de mercado y había ido a la frutería de la esquina por unas zanahorias frescas que le apetecían para preparar una ensalada, sin darse cuenta del riesgo que corría, pues, tras el sacudón, el Estado impuso por días el toque de queda. De los soldados, contó el profesor, que con la mayor decencia le explicaron y hasta le acompañaron a la puerta de su casa en la Florida.

Ciertamente a partir de Marx se plantea la cuestión del papel del filósofo como si se tratara de un desertor de la realidad, que de ahora en adelante debe ocuparse del mundo y de la sociedad, pero para un estudioso del mundo antiguo el pensamiento tiene sus propias urgencias. Quizás sea cierto afirmar, que no se logra recorrer exegéticamente los problemas del método de la definición en todos los diálogos platónicos, tocar asuntos del pensamiento ético platónico y de la filosofía práctica aristotélica, y reexaminar el propio itinerario como investigador, abriéndose a nuevas exploraciones, si al mismo tiempo se atiende al flujo de lo que cambia. Indiscutiblemente el profesor sabía cuál era su negocio y por eso también es recordado en la facultad como el que solía referirse a cómo iba abultando su portafolio y como un profesor que seguía preocupado, aún después de jubilarse, por mantenerse vinculado a las sociedades académicas internacionales, interesado en fortalecer relaciones interinstitucionales nacionales y ocupado en la fundación en Venezuela del Centro de Estudios Clásicos (CECLA).

En las discusiones del CECLA volví a encontrarme con aquel hombre del que bullían los procedimientos que constituyen a los diálogos como si fuesen ideas innatas inscritas en las muchas vidas de una y la misma alma. Él tenía esa clase de memoria terrible del erudito, y quizás por esa razón jamás navegó a través de preguntas a contracorriente. Bravo pudo habernos dejado una exegética de los nudos gordianos pero su proverbial corrección y cortesía también aplicaba para el pensamiento de Platón. Una vez le pregunté por su amistad con Pierre Aubenque, me dijo que gracias a sus exclusivas gestiones el erudito aristotélico había venido invitado a un Congreso Nacional de Filosofía celebrado en la UCV. Le pregunté que cuándo escribiría un libro como *El problema del ser en Aristóteles*, diciéndole que sería interesante saber sobre los fracasos de la infalible arquitectura platónica. Parloteé y parloteé entusiasmada y el profesor me escuchó atento, pero mi insuperable desilusión ocurrió cuando me dijo que jamás escribiría una obra aporética sobre el pensamiento de Platón como la aubenquiana.

Poco tiempo después le pedí que viniera a dictar la conferencia central de la Semana de la Filosofía del año 2016, dedicada a la conmemoración del pensamiento de Aristóteles por declaración de la UNESCO, y entonces leyó un importante artículo suyo que tocaba la ética de los dos griegos. Otra vez el aula 217 estaba llena, pero estos nuevos estudiantes se encontraban ahora con el que conocían tras estudiar sus textos en sus cursos obligatorios de Aristóteles y Platón. Bravo nos enseñó con su ejemplo que la obra de un intérprete de un autor depende del ensimismamiento concentrado, pero seguro también compartía la convicción de Platón, de que el Bien es la justicia que necesitan los hombres y el orden de la *polis* para que sea posible llevar una vida larga y bella.

MEMORIA >> FRANCISCO BRAVO (1934-2022)

Francisco Bravo: el rigor del pensar

"Este sumario recorrido nos permite comprender que Bravo sufrió una profunda crisis existencial que lo apartó de sus tendencias iniciales. Esto explica, en parte, la razón por la que se buscó a sí mismo en el estudio de textos clásicos. Una vez me confió que ya no creía en la trascendencia, ahora su amor era para sus seres queridos"

FRANCISCO BRAVO / ARCHIVO FAMILIAR

WOLFGANG GIL LUGO

Se aprende más de un erudito apasionado
que de un montón de ganapanes
de ardua brillantez
Rudyard Kipling

¿Qué es un profesor de filosofía? Es una persona que ha dedicado su vida a estudiar la bibliografía académica más difícil. Además, no se conforma solo con los libros de su disciplina, sino que consume ávidamente literatura, ciencia e historia.

Como si fuera poco, este profesional de la filosofía posee la vocación de comunicar sus conocimientos a un público no siempre interesado en los temas que giran sobre el lugar del hombre en el universo. Es muy común que las recompensas no estén a la altura de tantos esfuerzos. Sus vidas pasan sin producir riqueza y casi en el anonimato.

Estas reflexiones me vienen a la mente con la desaparición física del profesor Francisco Bravo, la cual ocurrió en Caracas, el 20 de enero del 2022. El profesor Bravo dedicó su vida a investigar filosofía, a escribir sobre filosofía y a enseñar filosofía.

La evolución de un pensador

Este insigne profesor fue uno de esos aportes que nos vino desde lejos. Bravo era oriundo de Ecuador, nació en Cuenca el 20 de junio de 1934. No se educó en el sistema de educación superior venezolana. Nos llegó ya formado, con un doctorado de Paris. A pesar de su formación previa, tuvo que subir en el escalafón académico desde abajo, tal como le tocaría a un licenciado que comienza su carrera docente en la Universidad Central de Venezuela.

Dos de las primeras etapas intelectuales de Bravo tuvieron lugar fuera de nuestro país. Su vocación originaria era religiosa. Eso ha quedado plasmado en su primera etapa intelectual, de corte teológico. Recuerdo que una vez me dijo que, en esa época, solo pensaba en la devoción a Dios. También sentía la urgencia de la reforma de la Iglesia y de las reformas sociales.

Progresivamente, tal vez sin percatarse, Bravo se fue alejando de la temática propiamente teológica. Esto se evidencia en su segunda etapa predominantemente filosófica, pero todavía con mucha afinidad con la metafísica, pero no por la escolástica clásica. Más bien era evidente su pulsión por la concepción evolucionista.

A esta época corresponde una de sus obras más importante *La vision de l'histoire chez Teilhard de Chardin*, publicado en francés por la prestigiosa Les Éditions du Cerf (Paris, 1970). De forma milagrosa encontré un tomo de la edición española de esta obra por la Editorial Nova Terra (Barcelona, 1970).

Tuve el privilegio de estar cerca de Bravo durante su tercer periodo, el cual corresponde con su estancia en la Universidad Central de Venezuela, donde hizo toda su carrera académica hasta su jubilación. Creo que, cuando le conocí, hacía pocos años que se había mudado a nuestro país con su familia.

Este fue su periodo más largo y productivo. Desde el punto de vista del contenido, se centra en la filosofía griega, especialmente en Platón y Aristóteles. Su perspectiva era, sobre todo histórica, con mucha atención a los problemas teóricos.

Tal vez su libro más importante en esta etapa sea *Teoría platónica de la definición* (Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1985). Este libro fue elaborado, en gran parte, en la Universidad de Oxford.

Este sumario recorrido nos permite comprender que Bravo sufrió una profunda crisis existencial que lo apartó de sus tendencias iniciales. Esto explica, en parte, la razón por la que se buscó a sí mismo en el estudio de textos clásicos. Una vez me confió que ya no creía en la trascendencia, ahora su amor era para sus seres queridos.

El orden pedagógico

Entre las muchas sugerencias bibliográficas que me hizo el profesor Bravo, hay una que me ha quedado profundamente grabada en la memoria: *Cómo leer un libro* de Mortimer Adler. Esta fue una recomendación que fue muy importante en mi propia formación.

Desafortunadamente, dicho título no se encontraba en ningún lugar en esa época. En español no se había reeditado desde los años cuarenta. En una librería del desaparecido edificio Galipán de Chacaíto, encontré un ejemplar, escondido en una estantería. Hace poco ese título fue reeditado. Ahora se encuentra fácilmente en internet. Esa referencia no solo fue importante para mí, también era una pista para comprender la forma ordenada de leer de Bravo.

A diferencia de otros profesores de carácter más rapsódico, es decir, desordenado, me sentía cómodo con el estilo metódico de Bravo. Puedo asegurar que nunca banalizó una clase. Sus seminarios eran el producto de una seria investigación. Llevaba escritos sus cursos. En una carpeta de plástico reunía un minucioso resumen de la obra clásica, y, además, fichas con las diferentes posturas de los intérpretes.

Tengo el honor de contarme entre quienes le deben a Francisco Bravo su formación como investigador. Gracias a sus enseñanzas aprendí a trabajar los textos, y a ser respetuoso con los autores, aunque el mejor elogio que se le pueda hacer a un autor es una buena crítica. Otra cosa importante fue que me abrió los ojos hacia otras latitudes. Comentaba con tanto entusiasmo sus investigaciones en la Biblioteca Nacional de Paris que me llevaba a visitarla en las alas de la fantasía.

La pasión erudita

Creo que lo que más caracteriza a Francisco Bravo es su pasión erudita. Le tenía aversión a las ideas generales y las conexiones especulativas. Leía los textos con microscopio y les hacía minuciosas disecciones. Buscaba el significado de las palabras con un riguroso pensamiento.

Especial mención merece su libro *Teoría platónica de la definición*. Allí, Bravo persigue el tema de la investigación desde sus lejanos precedentes presocráticos. Luego, pasa por el descubrimiento que hace Sócrates del concepto y de sus atributos esenciales. Finalmente se dedica a rastrear los elementos originales que permiten caracterizar la versión platónica de la definición.

Como estudiante de pregrado era un verdadero placer ver cómo el profesor Bravo exponía los diálogos platónicos. Gracias a sus disertaciones sobre dichos textos clásicos uno aprendía que los diálogos poseían, al igual que los seres vivientes, una anatomía. Recuerdo con nostalgia cuando, en un seminario, nos expuso al *Menón* de Platón. Allí descubrimos la estructura interna de la obra, y cómo, en ella, iban apareciendo tanto la teoría de la reminiscencia como la doctrina de la opinión verdadera.

Francisco Bravo tenía mucho talento para las distinciones. Me viene a la memoria que, en una clase del doctorado, los estudiantes entramos en una discusión sobre el concepto de sentido común. Respecto a ese tema, el profesor Bravo hizo una aclaración luminosa. Nos explicó que existen dos formas de sentido común. Una forma de sentido común es donde se supone que es el núcleo de las convicciones de nuestra naturaleza humana, como los principios de la lógica y de la moral. En la otra forma, significa el conjunto de los prejuicios que compartíamos con nuestra sociedad.

Acosamiento

En alguna ocasión, el profesor Bravo me confesó que se sentía discriminado por su origen. Esto suena paradójico en un país tan mestizo como el nuestro, pero tenía algo de razón. Aunque nunca percibí ningún rechazo por parte de sus colegas profesores, fui testigo de un hecho bastante embarazoso.

Cuando yo era estudiante de la escuela, al salir de clases, iba conversando con el profesor Bravo por el pasillo de la facultad de humanidades. Entonces, nos obstaculizó el paso un estudiante de la escuela que se ufanaba de rebelde. Se acercó a abrazar al profesor de manera irrespetuosa. Con tono burlesco, lo invitaba a tomarse unos tragos mientras lo acosaba de forma vergonzante. El profesor trataba de zafarse de los brazos de este patán. Yo me acerqué a defenderlo, pero el personaje en cuestión me rechazó con unas fuertes palabras y un gesto amenazador. No obstante, esto le brindó al profesor la ocasión de librarse de su agresor. Bravo exhibió determinación en la defensa de su dignidad.

Este ataque era expresión de una matriz de opinión que se había creado alrededor de la persona de Bravo. Existía un clima de rechazo por considerarlo excesivamente rígido y, además, demasiado europeizado para su origen étnico. Hubo alguien que llegó a afirmar que Bravo había renunciado a ser el primer latinoamericano para conformarse con ser el último europeo.

Este comentario era expresión de una matriz de opinión que supone que Latinoamérica debería tener una filosofía autóctona, al ritmo de la quena peruana. A pesar que esta filosofía debería alejarse de Europa, se espera que contenga todos los elementos de la nueva izquierda, la cual combina lucha de clases marxista con la pregunta heideggeriana por el ser.

La estatura de un hombre

Cuando visité la biblioteca de la Universidad de Columbia, en la ciudad de Nueva York, a comienzo de los años noventa del siglo pasado, me puse buscar en la base de datos el nombre de Francisco Bravo, quien, para ese entonces, era el tutor de mi tesis doctoral. No salió ninguna referencia a su extensa bibliografía, ni siquiera su famoso libro sobre Teilhard de Chardin, y eso que fue publicado en Paris.

La única referencia que encontré fue un discurso que Bravo escribió en ocasión de la muerte del presidente John Fitzgerald Kennedy. Por el título, el cual no recuerdo, se veía que le afectó mucho la muerte de ese personaje tan importante para los demócratas progresistas. No pude acceder al texto, pues estaba en microfilm.

Ese aspecto de Bravo me sorprendió mucho. Nunca me hubiera imaginado su admiración por Kennedy. Por su comportamiento circunspecto, Bravo daba la impresión de un carácter más conservador. Esa anécdota me hizo meditar cómo podemos sacar conclusiones apresuradas sobre la personalidad de una persona que no conocemos a fondo.

La estatura de un hombre se determina por su vocación de grandeza. No siempre la grandeza es grandilocuente. A veces se logra a través de un trabajo callado. Esto es característico de los mejores profesores de filosofía. En tal sentido, puedo dar fe que la existencia de Francisco Bravo consistió en una exigente reflexión, la cual transcurría entre los estantes de su muy ordenada biblioteca. Era admirable su meticulosidad de relojero conceptual, quien, sin descanso, buscaba extraer la definición precisa de esas grandes obras clásicas que tanto reverenciaba.

FRANCISCO BRAVO / ARCHIVO FAMILIAR

MEMORIA >> FRANCISCO BRAVO (1934-2022)

Las encrucijadas de la historia. Francisco Bravo lector de Teilhard de Chardin

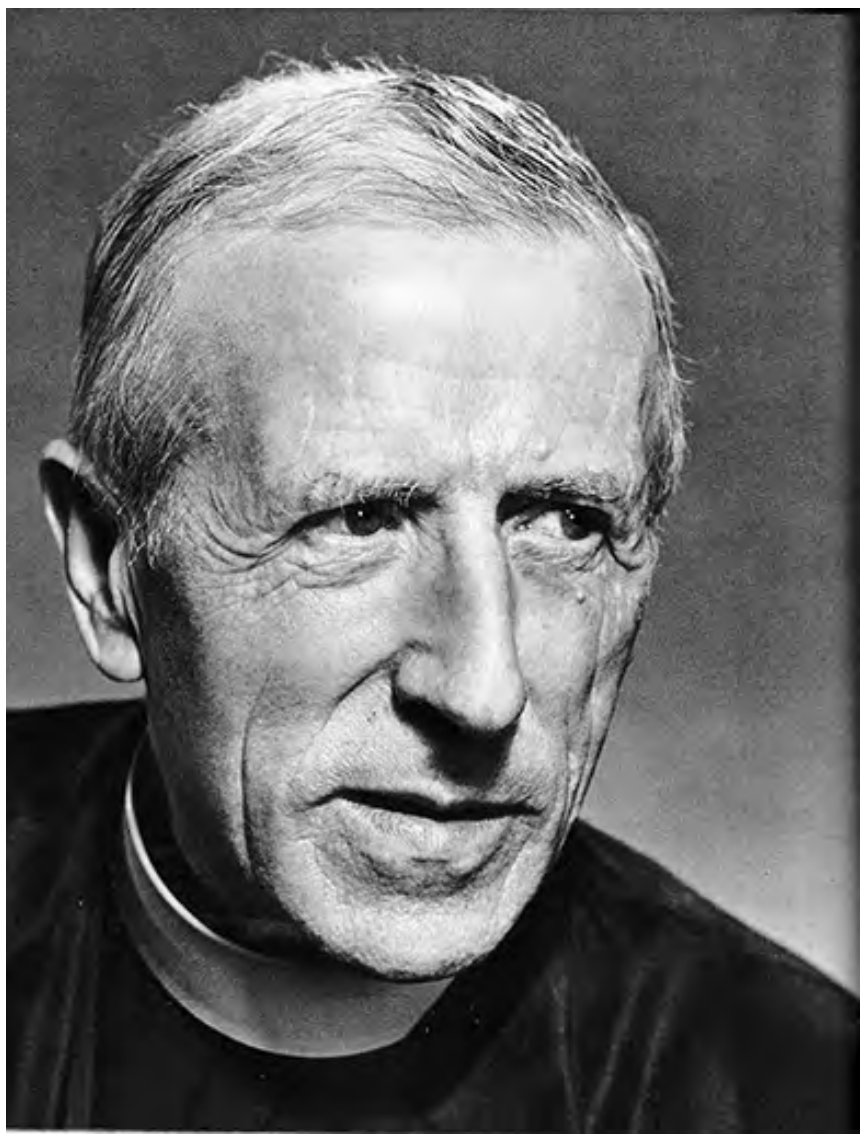
"En efecto, al profesor Bravo le apasionó la noción evolutiva de la 'historia' que desarrolló Teilhard, una visión que aspiraba a ser una síntesis de tendencias del pensamiento evolutivo de principios del siglo XX, como las teorías de Darwin, Lamarck, los neodarwinianos y el mutacionismo"

MARÍA GUADALUPE LLANES

El profesor Francisco Bravo era un genuino erudito en filosofía platónica. Lo conocí durante el último semestre que pasó en la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela, antes de jubilarse en 1993. Fue un enorme privilegio el tenerlo como profesor ese año. Era fascinante la manera en que se paseaba por la obra de Platón, haciendo interesantísimas conexiones entre textos desde su formidable memoria y capacidad de razonamiento. Lo recuerdo como imponente filósofo, pero también como gran ser humano. No en vano fue miembro de la Sociedad Platónica Internacional y también director del Centro de Estudios Clásicos, CECLA. Su línea de investigación durante su carrera académica en la UCV fue la filosofía antigua, especialmente Platón y Aristóteles. Estando jubilado siguió muy activo y no dejó de apoyar a la Escuela. Fue tutor de estudiantes y profesores, así como jurado de trabajos de ascenso. No resumiré aquí su amplio y fecundo currículum, solo diré que antes de estos intereses investigativos tuvo otros:

El primero, teológico-filosófico, ha girado en torno a Lutero y ha culminado en su libro *El sacerdocio común de los creyentes en la teología de Lutero* (Vitoria, España, Editorial Eset, 1963). El segundo, predominantemente filosófico, se ha ocupado del pensamiento de Teilhard de Chardin y ha producido una de sus obras principales, *La vision de l'histoire chez Teilhard de Chardin,* publicado en francés por las bien conocidas Les Éditions du Cerf (Paris, 1970) y en español por la Editorial Nova Terra (Barcelona, 1970)[1].

En efecto, al profesor Bravo le apasionó la noción evolutiva de la "historia" que desarrolló Teilhard, una visión que aspiraba a ser una síntesis de tendencias del pensamiento evolutivo de principios del siglo XX como las teorías de Darwin, Lamarck, los neodarwinianos y el mutacionismo. Para Teilhard, la especie es la unidad evolutiva, y ese movimiento teleológico que arrastra todas las cosas opera tanto sobre la materia como sobre la psique. Nada se escapa del torbellino universal de todo lo que existe en su marcha continua hacia el mejoramiento en Cristo. La historia cósmica transcurre en una determinada dirección, el cosmos evoluciona sin perder la unidad. No encontramos antes de Teilhard un autor que considere tan importante a la historia, exceptuando a Hegel y a Marx, claro. Pero él considera que su concepción de la edad histórica en que se encuentra supera las antiguas concepciones, la transformación que se está produciendo en la encrucijada histórica de su época va más allá de la mutación económica que proponía Marx y el cambio ético-espiritual que defendía Hegel. La evolución arrasadora y creativa del cosmos completo lleva consigo todos los otros devenires de las esferas de existencia de los seres. Todo el espacio-tiempo está contenido en la vorágine evolutiva y el método para pensar sistémicamente esto, es la fenomenología. La humanidad es central en todo el proceso que transcurre en etapas: cosmogénesis, biogénesis, antropogénesis, noogénesis y cristogénesis. Ciencia, filosofía y teología se armonizan en una mirada total del cosmos, que incluye la experiencia humana, los devenires sociales y políticos, los fenómenos naturales y también la revelación sobrenatural, o sea, a Cristo con todos sus misterios.



TEILHARD DE CHARDIN / ARCHIVES DES JÉSUITES DE FRANCE

Es verdad que en todas las épocas hay ocasiones en que las sociedades sienten que se encuentran en una encrucijada histórica y que ante tal sentimiento se hace necesario reencontrar el sentido en un fin trascendente que justifique la maraña existencial del complejo presente, ese era también el caso para Teilhard, quien tuvo apasionados defensores y demoledores críticos. Entre las críticas que recibió se decía que nunca logró, o ni siquiera intentó, explicar el fenómeno mismo de la historia, sino que su esfuerzo estaba dirigido principalmente a una descripción de un salvífico evento místico-teológico que se cumplía en la propia estructura física del universo, con la consiguiente moralización del proceso. En este punto, el profesor Bravo no estaba de acuerdo. Él pensaba que Teilhard interpretaba el discurrir histórico armonizando equilibradamente tres aproximaciones al fenómeno: la científica, la místico-religiosa y la fenomenológica. La evolución histórica hunde sus raíces en la evolución cósmica, en este movimiento cabe la libertad humana y en el corazón de las tensiones históricas se produce una atracción hacia Dios.

No tengo idea de cuál fue el evento, académico o personal (tal vez ambos) que llevó al profesor Bravo a abandonar la ruta escolástica para mudarse a ese lugar más allá del cielo: el Hyperuránion tópon (ὑπερουράνιον τόπον) platónico. Desconozco cuál fue la circunstancia que lo dirigió hacia los caminos de la Grecia antigua, el de las ideas de Platón y las esencias de Aristóteles. Pero lo que sí sé es que siempre atesoró aquellos paisajes cósmicos de Teilhard que expuso en su libro, aquella optimista visión de la historia. Quizás precisó de las alas teilhardianas para conversar con el Demiurgo.

Ante la encrucijada histórica de nuestros días, similar a la teilhardiana según la cual: todo está "encaminado, con el Comunismo y el Nacionalsocialismo, hacia la más espantosa de las agrupaciones encadenadas. El cristal, en lugar de la célula. El hormiguero, en lugar de la Fraternidad. En lugar del esperado remontar de la conciencia, la mecanización, que emerge de una manera inevitable, según parece, de la totalización…"[2]. ¿Quién se atreverá a soñar modalidades evolutivas que hagan frente a las totalidades masificadoras? ¡Cuánta falta nos hace nuestro querido profesor Francisco Bravo!

1 http://www.filosofiaecuador.org/francisco-bravo/

2 Teilhard de Chardin, *El fenómeno humano*, Ed. Taurus, Madrid, 1963, pp. 310, 311.

El placer de saber

"Su fervor era tal que, para no olvidar la lengua griega, todas las mañanas, como gozoso ejercicio, recitaba en voz alta largos pasajes de la *Ilíada* o de la *Odisea, Diálogos* platónicos o poesía, por el placer del saber. Su trabajo sobre las ambigüedades del placer se forjó igualmente de una experiencia personal de ausencia, de vacío, de privación de una presencia que le fue muy cara en el crepúsculo de su existencia"

MARTA DE LA VEGA V.

In memoriam por Francisco Bravo

El 20 de junio de 2022 cumpliría 88 años el pensador F. Bravo, que ha dejado huella entre alumnos y colegas por su rigor y meticulosa exigencia como profesor y por el ejemplo admirable de su esfuerzo investigativo. Tejió un entramado denso y erudito de textos construidos con hondura y pasión de filólogo, sobre todo en su madurez reflexiva, con destacados aportes en la filosofía griega antigua, en especial trabajos sobre Platón y Aristóteles.

Su fervor era tal que, para no olvidar la lengua griega, todas las mañanas, como gozoso ejercicio, recitaba en voz alta largos pasajes de la *Ilíada* o de la *Odisea*, *Diálogos* platónicos o poesía, por el placer del saber. Su trabajo sobre las ambigüedades del placer se forjó igualmente de una experiencia personal de ausencia, de vacío, de privación de una presencia que le fue muy cara en el crepúsculo de su existencia, dolor que convirtió en magistral comprensión de la esencia de la vida humana, a la vez deseo, entendido como búsqueda, vacío y punto de partida para el placer, que es, "en la realidad de los hechos, una fuerza y un principio de acción innato y universal" (p. 251). Pese a ser un elemento de la naturaleza humana, esta "materia de la conducta humana" es ciega si no es "modelada o sometida al control de la razón" (p. 242).

Nacido en Cuenca, Ecuador, en 1934, trazó un periplo intelectual fecundo hasta llegar en 1972 a Caracas, que lo llevó, desde la rebeldía de sus años juveniles en contra del anquilosamiento de la jerarquía eclesiástica católica, al pensamiento cristiano disidente con su obra sobre Martin Lutero, publicada en Vitoria, en la editorial Eset en 1963, *El sacerdocio común de los creyentes en la teología de Lutero*.

En 1966, bajo el influjo de las ideas renovadoras de la ética cristiana que impulsó el Concilio Vaticano II presidido por el Papa Juan XIII y de la revolucionaria Teología de la Liberación que influyó políticamente en varios países de América Latina, no solo dejó la vida religiosa activa y se afilió al esfuerzo educador del equipo de Iván Ilich en Cuernavaca, México, sino que publicó *Cristología y pastoral en América Latina*, en la editorial Dilapsa de Santiago de Chile. En 1967, en la University of Notre Dame Press, publica *Christ in the thought of Teilhard de Chardin*, traducida del español por Cathryn B. Larme.

Su libro, publicado en francés, en 1970, en Les éditions du Cerf, y simultáneamente en español en la editorial Terra, de Barcelona, sobre la visión de la historia según el sacerdote Pierre Teilhard de Chardin: *La vision de l'histoire chez Teilhard de Chardin*, revela la preocupación de Bravo por estudiar, desde el cuestionamiento a la rigidez de los dogmas, a otro pensador cristiano que siempre aspiró a una fe no reñida con la razón, pero a quien sus superiores de la orden jesuita prohibieron enseñar desde 1926; a quien en 1927 le fue negado por la Santa Sede el *imprimatur* de su trabajo *Le milieu divin* y otros libros posteriores, muchos de los cuales solo póstumamente fueron publicados.

Teillhard de Chardin, perseguido, algunos de sus textos condenados en 1962 por la Congregación para la Doctrina de la Fe "por errores doctrinales y ambigüedades", cuyos hallazgos ponían en tela de juicio "verdades" tradicionales de la iglesia católica, fue un modelo para el pensador ecuatoriano en su búsqueda incansable por el saber y el placer de encontrar la verdad sin cortapisas, sometida a las únicas autoridades de la razón y el discernimiento reflexivo.

En 1985 Bravo publica su investigación postdoctoral, *Teoría platónica de la definición*, reeditada en 1992. Ética y razón es publicada por la caraqueña Monte Ávila en 1989 y la segunda edición en 1992. Su última obra recoge estudios previos alrededor de los *Diálogos* de Platón, con interesantes discusiones y críticas a las interpretaciones de otros estudiosos y aparece como volumen 17 de los International Plato Studies, Academia Verlag, Sankt Augustin, 2003. Se trata de *Las ambigüedades del placer. Ensayo sobre el placer en la filosofía de Platón*.

Un exhaustivo análisis fenomenológico del tema pone en el centro de atención el debate actual de la ética y su relación con el placer, para acercarnos a la *eudaimonía*, la "felicidad" como supremo fin humano, mediante un "hedonismo ético eudaimonista", y psicológico, que consiste en la plenitud, en la simbiosis entre placer y virtud, en la realización de los verdaderos y mejores placeres como meollo de "la vida buena". Los placeres falsos, al contrario, nos alejan de la "vida buena".

Dos conclusiones de los diálogos *Filebo* y *Leyes*, el último escrito por Platón: "Los placeres más vivos son aquellos que van precedidos de los deseos más intensos" (*Fil*. 45b 3-4). Pero no se trata solo de placeres corporales; también la fama, el honor o la virtud son verdaderos placeres". No todo placer es bueno: "Es importante entrenar a los jóvenes en un disfrute correcto de los placeres, es decir, en un disfrute asociado con la virtud" (*Leyes* I 635 a-c, II 659 d-e).

Este desafío es crucial en la época contemporánea, cuando la anomia moral del "todo vale" y un narcisismo individualista del "sálvese quien pueda" atomizan la esencia de la humanidad en lo que tiene cada vida humana de poder superarse a sí misma, de trascender, de conciliar placer y virtud.

MEMORIA >> FRANCISCO BRAVO (1934-2022)

El gran *didaktikón*

"En sus clases magistrales Bravo tocaba una diversidad de temas que pasaban por autores como George Edward Moore, Nicolás Maquiavelo, Quentin Skinner o Leo Strauss y, por supuesto, era un disfrute prolongado cuando disertaba sobre cualquier autor del período antiguo"

FRANCISCO BRAVO / ARCHIVO FAMILIAR

MIGUEL ALBUJAS DORTA

Desde su fundación en el año 1946, la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela tuvo el privilegio de recibir a una gran variedad de profesores proveniente básicamente de Europa y de América Latina. Tuvimos la fortuna de contar con intelectuales extranjeros que se integraron orgánicamente en la estructura universitaria, pasando a integrar una planta profesoral de gran formación profesional y de conducta intachable en lo ético y en lo moral. Una de esas figuras relevantes fue el queridísimo profesor Francisco Bravo.

Son diversos los atributos y virtudes que podemos destacar del profesor en cuestión, pero simplemente nos vamos a referir a dos de ellos. En sus clases magistrales, Bravo tocaba una diversidad de temas que pasaban por autores como George Edward Moore, Nicolás Maquiavelo, Quentin Skinner o Leo Strauss y, por supuesto, era un disfrute prolongado cuando disertaba sobre cualquier autor del período antiguo. Por su particular amor a la filosofía y al origen de esta, destacaban fundamentalmente sus clases sobre Platón. Sobre este filósofo recitaba de memoria parágrafos enteros en perfecto griego siguiendo el esquema doxográfico de "La paginación de Stephanus" o el de Hermann Diels y Walther Kranz, también citados como Diels-Kranz o simplemente DK, para el caso de los filósofos presocráticos. Dentro de una cantidad innumerables de temas citados por Bravo, pero trabajados por Platón, queremos destacar el empeño del filósofo griego en plantear como asunto relevante la *paideia* (educación), con lo cual Platón se convertía, según Bravo, en el "gran *didaktikón*".

Platón, quien fue discípulo de un gran maestro y maestro de un gran discípulo como se le conoce, demostró la importancia de la educación basada en valores, en atención a los habitantes de la Polis. El filósofo griego se inspiró en el aforismo socrático conocido como "intelectualismo ético", a saber: hay que hacer mejor a los demás siempre prefiriendo al bien, la conducta moral requiere el conocimiento del bien. La moral es obrar con justicia, por tanto, desde la óptica socrática, es mejor sufrir el mal que cometerlo, por eso Sócrates acata la sentencia que acaba con su vida, puesto que la ley, aunque sea injusta, no se puede transgredir. Así, para ser bueno es necesario ser sabio, estableciendo esa maravillosa fórmula griega que habla de la inescindible relación de equivalencia entre el saber, la moral y la razón.

Desde este enfoque podemos señalar que no hay verdadero conocimiento si este no va amalgamado con una conducta moralmente buena y viceversa. Vemos en Platón el hecho de que la educación le permite al hombre transitar, en teoría del conocimiento, de la realidad sensible que se expresa como *doxa* (opinión) hacia una realidad inteligible que se expresa como *episteme* (ciencia). En otras palabras, la educación nos permite desplazarnos desde lo aparente hacia lo verdadero, en tanto el conocimiento versa sobre lo inteligible y no sobre lo sensible, según el filósofo griego. En el ámbito moral la educación me permite hacer mejor a los demás. Existe este doble sentido en el tema de la *paideia,* ambos planteados por Platón y expresados por Bravo en su obrar pedagógico.

Desde esta reflexión del filósofo griego, en diversos cursos de pre y postgrado el profesor Bravo, de forma reiterada, calificaba a Platón como el "gran *didaktikón*", tomando como base el sentido originario del término didáctica. Este señalamiento se basaba, entre otros factores, en el gran dominio que tenía el profesor Bravo sobre el griego antiguo, tal como ya comentamos. En este sentido nos preguntamos, qué quería expresar nuestro profesor con este señalamiento. Para comprender esta expresión es importante buscar la etimología del vocablo didáctico. Según la RAE la palabra viene del griego *didaktikós* (διδακτικός), que significa "perteneciente a la enseñanza" o también la definen como el "arte de enseñar". Vemos derivaciones hacia el vocablo *didáskō* que quiere decir "yo enseño". También encontramos por derivación el término *didáskalo* que se traduce como "maestro". Lo que Bravo quería destacar era la capacidad didáctica del maestro Platón con relación a la enseñanza moral, pero no solo en el sentido de aquel que tiene extraordinarias técnicas de enseñanza, también quería destacar la virtud y la calidad moral del filósofo griego. Así, la didáctica se presenta como una disciplina cuyo objeto de estudio son los procesos de enseñanza, que tiene un doble propósito, por un lado, instruir estudiantes en saberes específicos y, por el otro, formar ciudadanos para la convivencia social. Apoyados en esta descripción, lo interesante es que Bravo no solo enseñaba los postulados platónicos, sino que demostraba con su ejemplar conducta lo que debe ser un buen *didaktikon.* El profesor Francisco Bravo modelaba con su conducta.

En la práctica, todas aquellas personas que tuvimos el honor y el privilegio de ser sus alumnos, de aprender de él y, posteriormente, dedicarnos a la docencia como actividad profesional, hoy reconocemos que el gran *didaktikón* de Platón en términos contemporáneos fue nuestro profesor Francisco Bravo. De él aprendimos, no solo contenidos diversos cargados de excelente filosofía, sino el orden y la disciplina que debe tener un buen docente, enmarcado en el ámbito de los valores morales que tan ajenos están en este momento. En una Universidad Central de Venezuela tan vapuleada por el inefable régimen y, sobre todo, por sus propias y decadentes autoridades, el ejemplo de un docente como el profesor Francisco Bravo sirve como una luz que muestra lo que debe ser una buena universidad. Descansa en paz.

"Tiempo y eternidad". Fragmento

El que sigue es un fragmento de *Tiempo. La dimensión temporal y el arte de vivir.* Traducción: Raúl Gabás. Tusquets Editores. España, 2017.

RÜDIGER SAFRANSKI, 2013 / UDOWEIER – CREATIVE COMMONS

RÜDIGER SAFRANSKI

No solo el sentimiento exaltado busca lo que va más allá del tiempo. La eternidad siempre ha sido tema de la religión y de la metafísica. Es algo distinto del tiempo prolongado sin fin. En general es algo diferente del tiempo. Nos acercamos a ella y damos vueltas a su alrededor porque no aceptamos la pretensión del tiempo de ser algo absoluto: tiene que haber algo más allá del tiempo. Platón, uno de los primeros en reflexionar explícitamente sobre la eternidad en griego, *aion*, dice que el tiempo es tan solo una imagen atenuada del prototipo de la eternidad. El *aion* no asume del tiempo más que el constante ser presente, la plenitud del tiempo en un presente concentrado.

En el *Timeo*, uno de los textos fundamentales de la filosofía occidental dedicados al tiempo, leemos: "…lo que en realidad era eterno era la sustancia del viviente modelo, y era imposible adaptar por completo esta eternidad a un mundo generado"; y por eso el creador hizo una imagen móvil de la eternidad, a saber, los días y las noches, los meses y las estaciones no existían en manera alguna antes del nacimiento del cielo […]. Todas estas cosas son divisiones del tiempo; tras que las expresiones "fue" y "será" solo pueden usarse en relación con el devenir que progresa en el tiempo.

El "tiempo originado" es el de la sucesión. Una serie ilimitada de tiempo no es todavía la eternidad. Si la eternidad ha de ser algo distinto del tiempo, no puede tener ninguna sucesión, y por eso es presente permanente, sin antes ni después, sin pasado ni futuro. Y el tiempo, tal como lo experimentamos con su antes y después, ha de ser una mera imagen de esta eternidad pensada temporalmente. La imagen ha de tener una semejanza con lo imitado. ¿Hay un aspecto del tiempo vivido que tenga una semejanza con lo atemporal? ¿Conocemos experiencias del tiempo que permitan pensar por lo menos de lejos en la presencia duradera de lo eterno?

Tenemos tales experiencias, y estas están muy cerca de nosotros, estamos inmersos cada día en ellas. Se trata de una experiencia obvia, pero paradójica. Sin duda experimentamos el tiempo como un pasar, pero este tiempo pasajero recorre siempre un presente para el que lo vive, y este ahora del presente permanece. El presente es siempre. Según Ludwig Wittgenstein, "si por eternidad no se entiende una duración infinita del tiempo, sino una temporalidad, entonces vive eternamente el que vive en el presente". El presente es el ojo de la aguja, él mismo no temporal, a través del cual pasa el tiempo. Es lo que permanece sin más o, según una formulación de Schopenhauer, es aquella vertical que corta el curso horizontal del tiempo. Si la antigua metafísica intenta representarse la eternidad como atemporalidad, en el fondo se refiere a esta ventana permanente del presente, que es misteriosa de algún modo, pero forma parte de la experiencia cotidiana del tiempo, aunque apenas la notemos y solo pocas veces resalte en el curso de la vivencia. ¿Y por qué habría de resaltar? En general, nos arrastran los sucesos en el tiempo. Atendemos a lo que está presente, no a la presencia misma. Esta queda escondida como tal, desaparecida detrás del acontecer actual.

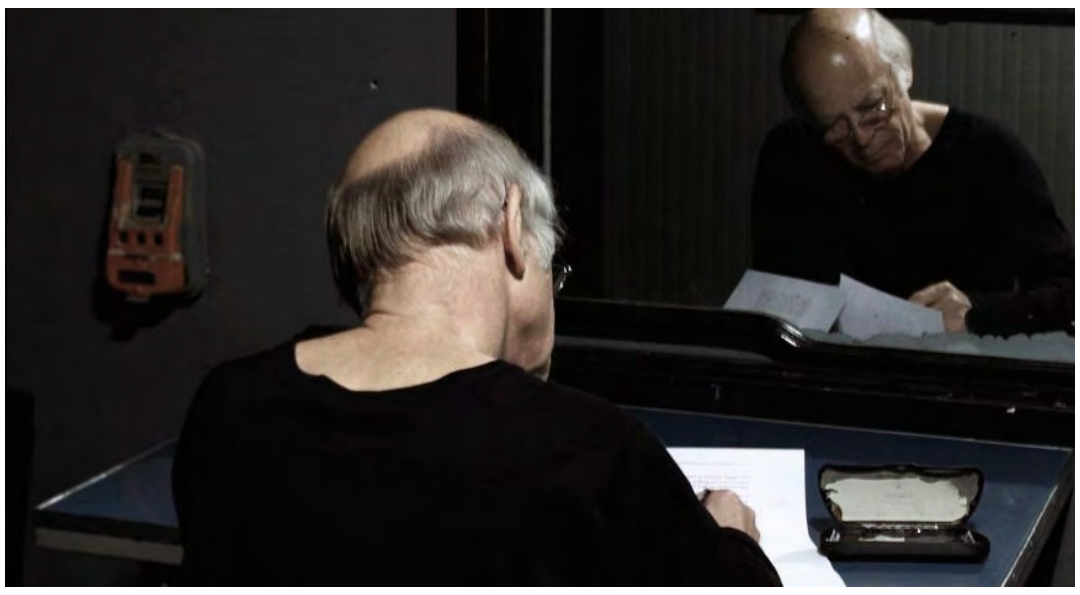
Agustín, que en su búsqueda de la eternidad topa también con la permanencia de la presencia, al final comprime las tres dimensiones del tiempo, el pasado, el presente y el futuro, en una de ellas: el presente, y las comprime en él según la triple referencia: "presencia de lo pasado", "presencia de lo presente", "presencia de lo futuro". El futuro y el pasado solo existen en cuanto se hacen presentes. El presente ata en su haz las otras dimensiones del tiempo. Agustín piensa también la eternidad según este modelo. Ella es como aquello en la vida que no pasa, y eso es la constancia del presente. Los respectivos sucesos son caducos, la ventana del presente, a través de la cual los miramos y experimentamos, permanece. En este sentido el presente es la pequeña eternidad.

Cruzamos también con frecuencia e incluso cada día otro puente entre tiempo y atemporalidad. Son los momentos en los que, por la entrega a algo o a alguien, olvidamos el tiempo porque nos olvidamos a nosotros mismos.

Nos fusionamos con algo, nos perdemos en una impresión de la naturaleza, en un cuadro, en un sonido. El arte favorece esta permanencia llena de entrega. En esa línea definió Schopenhauer la dicha que el arte es capaz de conceder. Mientras dura la calma, escribe, "estamos libres del yugo humillante de la voluntad, celebramos un día de reposo, la rueda de Ixión se ha detenido".

ENSAYO >> PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO

Mirarse el ombligo. O sobre cómo bajar la cabeza con Quignard y Benjamin para pensar(nos) mejor



PASCAL QUIGNARD / ARCHIVO

WALTER BENJAMIN / ARCHIVO

ROSBELIS RODRÍGUEZ

Una madrugada, mientras tomaba notas sobre un librito de Pascal Quignard titulado *El nombre en la punta de la lengua*, me preguntaba cuál era el gesto inaugural de la escritura de este autor que me ha tenido tan ocupada los últimos años, cómo llamar a ese afán suyo por hablar de una y mil maneras sobre el origen. Es como si enterrara la cabeza todo el tiempo, pensé. Entonces dejé caer la mía y lo vi. Vi el gesto que considero inicial. Cuando se está sentado en el lugar de estudio y se agacha lo suficiente la cabeza, los ojos apuntan al ombligo, una cicatriz originaria que nos recuerda aquello que Quignard denomina Primer Reino: nuestra existencia amniótica en el vientre materno. Satisfecha por mi Eureka, anoté al vuelo: ¡Quignard se mira el ombligo!

Casi contemporáneamente a mi lectura de *El nombre*… había encontrado en un par de medios respetables unas interpretaciones algo pobres de la historia y el método en la filosofía de Walter Benjamin. En verdad, no eran novedades; perspectivas como esas gozan de popularidad. En un texto, se heroizaba al ángel de la historia. En el otro, para elogiar la acumulación de retazos escritos por una emigrante venezolana se los emparentaba con 'la maleta de Benjamin' perdida en Portbou, aquella que contenía su *opera magna*, el monstruoso montaje de citas y reflexiones del *Libro de los pasajes* en una versión que –definitiva o no– desconocemos. Pero ni el ángel de la historia es un héroe ni la acumulación un método. Pensemos, por ejemplo, en aquellos acumuladores compulsivos que vemos fracasar en los *realities* o, para poner un caso literario, en "Funes el memorioso" de Jorge Luis Borges. Su problema es precisamente de método: son incapaces de abreviar, han llegado a un punto en el que ya no pueden escoger objetos ni recuerdos puntuales, por lo que acaban conservando todas las cosas apiladas en su casa… o en su mente, en el caso de Funes, que emplea una jornada entera para recordar un día del pasado. En términos benjaminianos, son incapaces de hacer un *montaje* con los materiales que tienen a disposición.

Lo que me propongo en las líneas que vienen es aproximar brevemente a Quignard y a Benjamin, en quienes *mirar-atrás* y *obrar* se suceden. Demostrar que mirarse el ombligo es empezar a *mirar-atrás*, que lo que desencadena el gesto inaugural quignardiano no dista demasiado del *obrar* benjaminiano. Y, por último, usar estos dos gestos para pensar mi pobre país pobre, Venezuela.

Llamo "mirarse el ombligo" al primer movimiento de la manera "profundamente regrediente" de pensar de Quignard (2020: 35), a su ir hacia atrás constante: al nacimiento, al vientre materno, a la escena sexual que nos engendró, al siglo XVII, a la antigua Roma, al Neolítico, al Paleolítico, a la Panthalassa, al Big Bang. Cuando la mirada quignardiana se fija en una ruina única, cuando la mirada benjaminiana logra reconocer un instante-imagen del pasado que le reclama algo al presente, las escrituras de ambos se tornan intensamente *obrantes*, es decir, crean algo hasta entonces inédito, ya sea narración, idea, imagen o concepto, con los cuales buscan, entre otras cosas, reconfigurar parte de la historia humana a partir de fragmentos, de desechos. Era la nueva historia que Benjamin componía en su inconcluso *Libro de los pasajes*. Es lo que Quignard persigue al dar voz y protagonismo a escritores, artistas, músicos y filósofos solitarios, olvidados o inventados en su obra en general, y especialmente en ese vasto proyecto enciclopédico de catorce tomos que él ha titulado Último *reino*, hasta ahora también inconcluso. El método de ambos pensadores es ese movimiento regrediente que de pronto *desacelera* para construir una obra a partir de unas ruinas específicas: las de los arrinconados en una esquina del mundo, el *angulo cum libro* tan caro a Quignard; las de los marginados del "progreso", en el caso de Benjamin. Ambos autores no solo rememoran a su manera sino que pretenden algo más: actualizar el pasado, resucitar a los muertos, vivificar las ruinas.

> "El método de ambos pensadores es ese movimiento regrediente que de pronto *desacelera* para construir una obra a partir de unas ruinas específicas: las de los arrinconados en una esquina del mundo, el *angulo cum libro* tan caro a Quignard; las de los marginados del 'progreso', en el caso de Benjamin. Ambos autores no solo rememoran a su manera sino que pretenden algo más: actualizar el pasado, resucitar a los muertos, vivificar las ruinas"

ANGELUS NOVUS / PAUL KLEE

Es claro que tanto la postura de Benjamin respecto al pasado como la de Quignard respecto al pasado y lo anterior son posturas activas: sus escrituras piensan y obran con cada ruina en la que *fijan* la mirada. Tal esfuerzo de ida hacia atrás y de detención en el pasado no son sino el rechazo a la linealidad mesiánica que se ha secularizado en la ideología del progreso, según la cual todo tiempo futuro será mejor porque entonces ocurrirá la salvación del hombre por el hombre, ya sea mediante la sofisticación de la tecno-ciencia, ya por la ansiada llegada del comunismo; en ambos casos se trata de una cierta idea de vida eterna o de felicidad siempre por-venir, siempre mesiánica, siempre justificadora de todo aquello que en el pasado se sacrificó para que el progreso fuera posible. No es casual que a esta creencia en una continuidad histórica salvífica, a esta posición del mañana absoluto, a esta obediencia al futuro que son inherentes tanto al cristianismo como al marxismo y al capitalismo, Benjamin y Quignard respondan con "una fragmentación casi política" (Quignard, 2015: 193) en sus escritos más importantes. Es así como en sus textos logran "hacer saltar por los aires la continuidad histórica" (Benjamin, 2018: 316) y, al mismo tiempo, las convenciones acerca de la argumentación filosófica y de los géneros literarios.

En cambio, el papel del ángel de la historia ante este mesianismo contemporáneo no es en verdad creativo. Recordemos la famosa tesis IX:

> Hay un cuadro de Klee que se titula *Angelus Novus*. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo en lo que fija su mirada. Los ojos como platos, la boca, muy abierta, las alas, totalmente extendidas. Este debe de ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Allí donde *nosotros* vemos un encadenamiento de hechos, él ve una única catástrofe que acumula incesantemente una ruina tras otra, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer tanta destrucción. Pero, desde el Paraíso, sopla una tempestad que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Esta tempestad lo empuja hacia el futuro, al que él da la espalda, mientras que los montones de ruinas van creciendo ante él hasta llegar al cielo. Esta tempestad es lo que nosotros llamamos "progreso". (2018: 311-312)

En definitiva, el ángel está en una situación en la que no puede maniobrar. Que no aletee quiere decir que está cruzado de brazos. Defino al ángel como aquel que ve la ruina y es incapaz de hacer algo con ella. Lo del ángel es un asombro estéril ante el horror como estériles son su mirada atónita, su *facies hipocratica* (su cara de muerto), su boca desencajada que no emite palabra, sus alas tan tiesas que le impiden zafarse y salvarse del *continuum* del progreso histórico-técnico.

A lo largo de sus *Tesis sobre el concepto de historia*, Benjamin sostiene que la teología (el ángel, el enano ajedrecista) y el materialismo histórico (el marxismo, el autómata), aislados cada uno por su cuenta, son apenas unas cáscaras vacías, no pueden hacer que la historia redima y haga justicia a las víctimas de todo tiempo pasado porque su meta es el futuro. En cambio, para Benjamin, siguiendo a Karl Kraus, *la meta es el origen*. De ahí que proponga una dialéctica de teología judía y filosofía que articule nociones como las de redención mesiánica y *Jetztzeit* o tiempo-ahora –un tiempo colmado de presente que escapa del continuo de la historia– con la desconfianza y la distancia crítica respecto a la izquierda, al marxismo y al curso general del mundo. La inteligencia de Benjamin fue ver la historia topográficamente y entender que el filósofo no solo no debe adherir a la épica y la continuidad histórica propias de la religión del progreso para luego mirar espantado sus resultados, como le sucedió al ángel, sino que debe hacer algo más: *bajar* como un topógrafo al terreno, pues es ahí donde se encuentran las ruinas materiales de la historia, donde sí es posible moverse, abrir caminos, tomar medidas –en su sentido común y figurado–, sacar a la luz, hacer montajes… construir.

> **"un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo en lo que fija su mirada"**

Más arriba definí al ángel de la historia como aquel que ve la ruina y es incapaz de hacer algo con ella. Pienso que los venezolanos, insiliados, emigrados, atomizados geográfica y culturalmente, desconcertados todos esperando quiénsabequé, nos parecemos un poco a ese ángel. Nos arrastran tanto la continuidad sin fin de nuestras actividades de subsistencia –lo que Hannah Arendt en *La condición humana* denominó *la labor*– como la continuidad sin fin de los *timelines* de las redes sociales en los que leemos las noticias nacionales; estamos tan extenuados de puro asombrarnos que parece que adoptamos la misma postura y la misma *facies hipocratica* del ángel, se nos petrificaron los miembros y se nos secaron las palabras en la boca. Pero esto, ¿a quién le sorprende? Es sabido desde los años veinte del siglo pasado que la política en el país se asemeja, al igual que el mapa territorial, a un cuero seco. Lo cierto, en todo caso, es que el asombro ante nuestro retroceso histórico no nos sirve de nada. Ya lo decía Benjamin en la tesis VIII: "Nada hay menos filosófico que el asombro por que las cosas que estamos viviendo sean 'todavía' posibles". El asombro, continúa Benjamin, "no está al comienzo de ningún conocimiento, a no ser de este: que la concepción de la historia de la que procede no se sostiene" (2018: 311). En lo que atañe a nosotros, ninguna de las concepciones que tenemos sobre la política se sostiene hoy. Son, para seguir con Benjamin, "experiencias tan desmentidas como las de la estrategia con la guerra de trincheras, o las de la economía con la inflación, o las del cuerpo con el hambre, o las de la moral con la tiranía" (2018: 96).

(Continúa en la página 10)

SIGLO XX >> TIEMPO DE HORRORES

"La época del desprecio llamó Malraux al siglo XX. Pero los nazis no vinieron de otro planeta, eran hombres y mujeres comunes, padres y vecinos normales, más bien banales como refería Arendt a los que gerenciaron eficientemente el exterminio"

AUSCHWITZ MEMORIAL @AUSCHWITZMUSEUM

Un diente de león

EDGAR CHERUBINI LECUNA

En la fotografía observamos a una muchedumbre apiñada azarosamente, a primera vista, al no conocer el contexto en que fue tomada la escena, no entendemos por qué sus rostros reflejan incertidumbre. Escudriñando un poco más, vemos que, en medio de esa aglomeración, un niño desprende de la hierba un diente de león y extasiado observa sus hojas dispuestas en roseta desde la base y sus múltiples semillas provistas de vistosos vilanos prestos a transportarlas lejos de allí, pero cuando se disponía a soplarlas y dispersarlas al viento, sonríe y extendiendo su mano, brinda ese privilegio a unos niños que absortos lo observaban manipular la flor. Es 9 de julio de 1944, un mes de julio como este, cinco trenes atestados de judíos húngaros han cruzado la frontera y arriban a su destino, el campo de concentración de Auschwitz. Ese niño y su familia no saben para qué los han trasladado allí, de pie durante varios días, apiñados en vagones pestilentes de los que se utilizan para transportar ganado. Al descender, los guardias SS han ordenado dejar las valijas apiladas a un lado y esperar en la hierba antes de franquear la entrada a las instalaciones de lo que, a primera vista, es un complejo fabril, ya que, a la entrada, en un arco metálico está escrito el lema: "El trabajo os hará libres" (Arbet Macht Frei). La ambigüedad del eslogan posiblemente se refería a la eficiencia nazi en esa fábrica de muerte, que cronometraba los protocolos para que no transcurriera mucho tiempo de espera, entre el descenso de los vagones y la entrada a las cámaras de gas. Entre el 14 de mayo y el 9 de julio de ese año, fueron transportados 420.000 judíos desde Hungría, siendo asesinados en serie, incluyendo al niño que jugueteó con el diente de león media hora antes de que muriera asfixiado en una cámara de gas.

La época del desprecio llamó Malraux al siglo XX. Pero los nazis no vinieron de otro planeta, eran hombres y mujeres comunes, padres y vecinos normales, más bien banales como refería Arendt a los que gerenciaron eficientemente el exterminio. Theodor Adorno, en *Negative Dialectics,* al hablar del esplendor de la cultura alemana que a su vez produjo el horror nazi, afirmó: "El palacio de la cultura y civilización occidental es construido con mierda de perro (*built out of dogshit*)", y aludiendo a la crueldad generalizada de nuestra época: "toda la idea de cultura después de Auschwitz es basura", concluye. Pero este genocidio no escandaliza lo suficiente. En el umbral del matadero de Auschwitz, observar el gesto inocente de ese niño, maravillado por esa portentosa y lúdica flor que al soplarla se expande y vuela en el viento, me recuerda lo que expresara Michael Frame en su libro *Geometría del desconsuelo*: "La belleza y el dolor son los vecinos de al lado. Ver la belleza es vislumbrar algo más profundo, pero el desconsuelo es vislumbrar una pérdida cuyas consecuencias no desempacaremos por años, y tal vez nunca".

En el siglo XXI, continúan las atrocidades que creíamos superadas y una violencia sin tregua se desata contra quienes *representan el futuro o son los herederos del mañana* (así se les menciona a los niños en todos los discursos políticos). Roberta Metsola, presidenta del Parlamento Europeo, en su intervención durante la segunda Conferencia sobre el Estado Mundial de los Derechos Humanos (15/07/2022), declaró que la invasión rusa a Ucrania y los bombardeos a la población civil han forzado a 4.3 millones de niños a abandonar sus hogares y emigrar a lugares más seguros. Señaló además que, en el mundo, 200 millones de niños viven actualmente en zonas de guerra.

> **"un niño desprende de la hierba un diente de león y observa sus hojas"**

La mayoría de esos niños son víctimas de un destino que ellos no eligieron y millones de ellos, como dijo una vez Hernando Track, "no pasarán de la estatura de los fusiles" o quedarán mutilados física y mentalmente. Antonio Gala también se refirió a la infancia al escribir sobre la contradicción de ser niño: "Un proyecto de hombre en un mundo en el que un hombre se tiene por tan poco".

Mirarse el ombligo. O sobre cómo bajar la cabeza con Quignard y Benjamin para pensar(nos) mejor

(Viene de la página 9)

Permítanme pensar nuestra realidad parafraseando la tesis IX: bien quisiéramos detenernos, despertar a los muertos y recomponer tanta destrucción. Pero una tempestad nos empuja hacia el pasado, mientras le damos la espalda al futuro y los montones de escombros van creciendo a nuestro alrededor hasta llegar al cielo, al subsuelo, a las aguas fluviales y oceánicas convertidas en mercúricas y oleosas. Sucede que, además de estas ruinas, un espejismo bodegónico nos *fascina*. Esta tempestad enferma es lo que llaman "socialismo del siglo XXI".

Como sugerí antes con el símil del topógrafo, la gran maniobra de Benjamin fue hacer que los deseos del ángel *aterrizaran* para convertirlos en tarea de la filosofía y de la política. En otras palabras, las mayores esperanzas de Benjamin estaban realmente puestas en el hacer humano. Esa es la *terrenalidad* del mesianismo y el materialismo histórico benjaminianos. Esa es, a grandes rasgos, la teoría de las *Tesis*; la praxis sería el *Libro de los pasajes*. No obstante, esa praxis benjaminiana es más intelectual que otra cosa, y teológica, si se quiere, pero en todo caso imposible de volcar en la realidad concreta, pues como escribe Quignard en *Abismos* "nada reparará lo que fue" (2015: 200). Ahora bien, ¿qué praxis le espera a una sociedad como la nuestra que tiene miedo de pensar una política nueva –no digamos siquiera una filosofía–, que no ha establecido un consenso sobre si vive en democracia fallida, dictadura, tiranía, totalitarismo o narcoestado, en suma, que no ha podido nombrar lo que le sucede políticamente? La palabra para definir nuestra crisis es, como diría Quignard, una palabra que nos falta.

Se ha dicho que no podemos construir nada intelectualmente significativo en Venezuela hasta que la catástrofe acabe y las ruinas paren de amontonarse, pero también que es vano enumerar las ruinas y que mejor reflexionemos sobre lo que queda intacto y sobre un país posible. Quignard sabe que no puede abarcar cada ruina; elige las suyas cuidadosamente. Benjamin no dio tiempo a que se asentaran los escombros de la guerra atómica –culmen del progreso técnico militar– para escribir una historia del capitalismo usando las ruinas del París decimonónico de Baudelaire. Si nos atenemos al pie de la letra a las *Tesis* de Benjamin, entonces nuestro momento es ahora. Quiero decir el momento de comprender que estamos en un instante de peligro desde que nos prestamos nosotros mismos, o nuestros padres, o nuestros abuelos, "a ser instrumento de la clase dominante" que exacerba la destrucción. Por eso "en cada época debe intentarse recuperar la tradición del conformismo que se dispone a someterla", como apunta Benjamin (2018: 310). Es un recordatorio que nos concierne también a nosotros.

En *Las sombras errantes*, Quignard dedica unas líneas a cómo la política se cuida de la tradición:

La cuestión política siempre es única. La cuestión política es: prever el pasado que acecha. La cuestión nunca es ¿Qué futuro tendrán nuestros hijos? […] La pregunta de todos los tiempos siempre es: ¿Qué está a punto de volver? […] Todos los días [*tous jours*] hay que ganarle de mano a la muerte que *fascina*[1] lo social. (2014: 78).

Donde Benjamin dice asombro, Quignard dice *fascinatio*. El fascinado, de manera similar al ángel de la historia, está como embrujado, no puede apartar la mirada. En cambio, la mirada de estos dos pensadores hacia el pasado y la tradición es contraria a la que esperan los políticos cuya misión es fascinar a las masas, crear fanáticos. En una palabra: está *desfascinada*. El asombro pasma. Necesitamos romper nuestra fascinación con la destrucción, con el nuevo espejismo capitalista, con el redentor siempre por-venir si queremos construir algo con las ruinas antes de que no quede piedra sobre piedra, antes de que se borre la memoria física. Nuevamente: si nos atenemos al pie de la letra a las *Tesis* de Benjamin, entonces nuestro momento es ahora. Sin embargo, es innegable que las circunstancias de ese ahora deberían ser mínimamente favorables a los intelectuales. El ahora será propicio cuando las instituciones privadas de la cultura venezolana, presididas por la burguesía rancia capitalina, cesen de malpagar a sus "colaboradores" como en tiempos coloniales. Cuando nuestra pequeña, amiguista y complaciente esfera intelectual comprenda que superar el impresionismo equivale a superar la parcela segura de la anécdota, del gueto cultural en el exterior, de la autolegitimación por medio de la publicación feliz pero huérfana de crítica. Cuando deje de temérsele al ejercicio y a la recepción de la crítica seria y teórica y al debate que esta suscite. Cuando los intelectuales puedan aprehender su *presente necesitado* (Benjamin) con el *más atrás* (Quignard) que lo antecede. Cuando nos atrevamos a interrogarnos mirándonos verdadera, sesudamente el ombligo y a hacer *obra* a partir de ahí.

Mirarse el ombligo (el origen más cercano, la *vivencia*) es apenas el primer gesto en la ida hacia atrás (*experiencia*).

1 El subrayado es mío.

Benjamin, W. (1933, ed. 2018). Experiencia y pobreza. En *Iluminaciones*. Madrid: Taurus. pp. 95-100.
Benjamin, W. (1940, ed. 2018). Tesis sobre el concepto de historia. En *Iluminaciones*. Madrid: Taurus. pp. 307-318.
Quignard, P. (1993, ed. 2016). *El nombre en la punta de la lengua*. Madrid: Arena Libros.
Quignard, P. (2002, ed. 2014). *Las sombras errantes (Último Reino I)*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
Quignard, P. (2002, ed. 2015). *Abismos* (Último Reino III). Buenos Aires: El cuenco de plata.
Quignard, P. (2018, ed. 2020). *La vida no es una biografía*. Barcelona: Shangrila.